

ANUARIO DE ARQUEOLOGÍA 2011-2012



Universidad de la República
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Departamento de Arqueología

ANUARIO DE ARQUEOLOGÍA 2011-2012

<http://anuarioarqueologia.fhuce.edu.uy>
anuariodearqueologia@gmail.com

Instituto de Ciencias Antropológicas. Departamento de Arqueología – Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación – UdelaR.

ISSN: 1688-8774

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Excavación arqueológica en el área de emplazamiento de la “azotea de Artigas”. Sauce, Uruguay. Departamento de Arqueología. Junio 2013. (FHCE-UdelaR).
Arte. A.Florines

EDITOR RESPONSABLE

Leonel Cabrera

SECRETARÍA DE EDICIÓN

Andrés Florines

Paula Tabárez

CONSEJO EDITOR

Jorge Baeza – Uruguay

Roberto Bracco – Uruguay

Leonel Cabrera – Uruguay

Carmen Curbelo – Uruguay

Antonio Lezama – Uruguay

José López Mazz – Uruguay

COMITÉ CIENTÍFICO

Tania Andrade Lima - Brasil

Antonio Austral - Argentina

Martín Bueno - España.

Primitiva Bueno - España.

Felipe Criado Boado - España.

Nora Franco – Argentina.

Arno A. Kern – Brasil.

Jorge Kulemeyer –Argentina.

Hugo Gabriel Nami - Argentina

Patrick Paillet – Francia

Gustavo Politis – Argentina.

Ana María Rocchietti – Argentina.

Mónica Sans – Uruguay

Marcela Tamagnini – Argentina.

Fernanda Tocchetto - Brasil

Andrés Troncoso – Chile.

AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN EN ESTE NÚMERO:

COMITÉ CIENTÍFICO:

Nora Franco (Argentina)

Jorge Kulemeyer (Argentina)

Hugo Gabriel Nami (Argentina)

Ana María Rocchietti (Argentina)

Fernanda Tocchetto (Brasil)

COMITÉ EDITOR

Jorge Baeza (Uruguay)

Roberto Bracco (Uruguay)

Carmen Curbelo (Uruguay)

Leonel Cabrera Pérez (Uruguay)

El contenido de los artículos es responsabilidad de los autores y no necesariamente refleja el criterio o la política editorial del Anuario de Arqueología. La reproducción parcial o total de esta obra puede hacerse previa aprobación del Editor y mención de la fuente.

El Anuario de Arqueología agradece el aporte de todos los autores que participan en esta edición.

Anuario de Arqueología 2011-2012

ÍNDICE

	Pág.
Editorial	1
Proyectos de Docentes del Departamento de Arqueología (F.H.Cs.Ed.-UdelaR)	
Cabrera, Leonel Gestión e investigación del patrimonio arqueológico prehistórico (‘ <i>arte rupestre</i> ’), de la región norte de Uruguay.	6
Artículos Científicos	
Batalla, Nicolás Las materias primas líticas del Río Negro medio: una aproximación a su aprovechamiento	20
Consens, Mario Comentarios y reflexiones sobre conductas de construcción y mantenimiento del conocimiento en la investigación arqueológica.	48
Curbelo, Carmen y Mercedes Sosa La producción de cal. Etnoarqueología para la investigación arqueológica histórica	86
Erchini, Carina Ocupación prehistórica del sureste del Litoral Platense Uruguayo.	111
Reseña de trabajos monográficos de Estudiantes	
Cheda, Elias Aplicación SIG para el análisis espacial, almacenamiento, sistematización y visualización de los datos. Relevamiento Arqueológico del área de la Batalla de Las Piedras (1811). ..	148
Lamas, Gastón Análisis tecno-morfológico de materiales líticos del Sitio Guayacas, Departamento de Paysandú.	175
Rosa, Mary Moluscos y Conchillas. Una mirada bajo la lupa, del material malacológico recuperado por la Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande.	207
Rosete, Diana Técnicas de registro de petroglifos.metodología aplicada al sitio CI12B01.	242

COMENTARIOS Y REFLEXIONES SOBRE CONDUCTAS DE CONSTRUCCIÓN Y MANTENIMIENTO DEL CONOCIMIENTO EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA.

Mario Consens
consens@adinet.com.uy

Resumen

En los análisis y revisiones que hacemos como arqueólogos, algunos de nosotros nos hallamos limitados a exposiciones, conceptualizándolas rígidamente a limitados parámetros de lo recibido en la formación académica, o a estrictas normativas institucionales. Deberíamos aceptar sin hesitar que los cambios en estos últimos años en arqueología son tan díscolos, que no todos los arqueólogos estaremos en condiciones de asumirlos e incluso comprenderlos. Nos es más difícil asimilarlos y por lo tanto poder operar con ellos aceptando que los sitios arqueológicos son solo una parte de los circuitos de movilidad, de transformación de materias primas, de abastecimiento, asentamiento, o de extracción. Pero también integran los aportes simbólicos. Proponemos que es necesario asumir que debemos analizar y reestructurar las propuestas y planteos personalizados, aceptando la realidad de los constantes cambios en la formación arqueológica, dado que casi todas las nacientes propuestas teóricas no deben acabar en meros ejercicios intelectuales o en específicos conflictos. Lo que -en su esencia- no las demerita, porque aun así son formas alternas y hasta controversiales de aproximación a los pasados. Pasados que hoy ningún arqueólogo duda que son producto de construcciones.

El uso que hacemos de un valioso texto procura estimular dichos cambios.

Abstract

As archaeologists, some of us are limited in our analysis and reviews to plain exhibits, where parameters are rigidly limited from the academic training or institutional rules. We should accept with no doubt that changes of recent years in archaeology are so radical, that not all archaeologists will be in a position to do or even understand them. It will be more difficult for us to assimilate and thus being able to operate with them if we accept that archaeological sites are just one part of the circuits of mobility, transformation of raw materials, supply, settlement, or extraction. But they are also part of the symbolic inputs. We suggest that it is needed to assume that we analyze and restructure personalized proposals and concerns, accepting the fact of constant changing archaeological training, because almost all emerging theoretical propositions should not end in intellectual exercises or in specific conflicts. Such proposals and concerns are not lessen as they are alternative forms and even controversial approaches to the pasts, which today no archaeologist has reservations about them as result from constructions.

The citation of an important text that we quote aims to open such changes.

1. CIENCIA EN ACCIÓN

En 1996 el reconocido físico estadounidense Sokal, publica en la importante revista científica “*Social Text*” con arbitraje internacional, un trabajo titulado “*Transgrediendo las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica*” (Sokal 1996a) [traducido por Autor].

Su trabajo se presenta con distinguidos comentarios los cuales establecen que “*el contenido y metodología de la ciencia pos-moderna nos ofrece aquí un poderoso soporte intelectual para un proyecto político progresivo*” y más tarde los mismos Bruce Robbins and Andrew Ross -los coeditores del “*Social Text*”-, indican que se “*llegó a la conclusión de que este artículo fue el intento serio de un científico profesional de buscar algún tipo de afirmación de la filosofía posmoderna de la evolución de su campo*” (Moretti, 1996) [traducido por Autor].

El hecho que Sokal con múltiples ediciones y reconocidas y avaladas investigaciones presente dicha publicación, genera numerosos vínculos en nuevas publicaciones. Entonces, en razón del título de esta mi presentación debo ahora explicar y detallar los contenidos y los propósitos de esa importante publicación de la gravedad cuántica. Pero –aunque algunos de los lectores esperan y todos desean-, no explicaré dicha publicación. Y argumento esta decisión: poco después en otra publicación, el mismo Sokal confirma que él había “*publicado un artículo liberalmente sin sentido que (a) parecía bueno y (b) halagaba las preconcepciones ideológicas de los editores*” (Sokal 1996b:2) [traducido por Autor]

Aún no restaurados de esta sorpresa, los círculos científicos recibían una otra enunciación:

*Al igual que el género que tiene la intención de satirizar - mirada de ejemplares que se pueden encontrar en mi lista de referencia - mi artículo es una mezcla de verdades, medias verdades, cuartos de verdades, falsedades, incongruencias y frases sintácticamente correctas que no significan nada. (Lamentablemente, son sólo un puñado de estas últimas: yo me esforcé para producirlas, pero me di cuenta de que, salvo anómalas ráfagas de inspiración, yo simplemente no tuve el don.) También emplee otras estrategias que están bien establecidas (aunque a veces de forma inadvertida) en el género: apelaciones a la autoridad en lugar de la lógica; teorías especulativas que pasan por la ciencia establecida; extrañas e incluso absurdas analogías; retórica que suena bien, pero cuyo significado es ambiguo; y la confusión entre lo técnico y todos los sentidos de las palabras en inglés.** (Sokal 1996c:2) [traducido por Autor].

Y él pasa a explicar las ideas que desarrolló:

Yo sugerí que el “campo morfo genético” –una idea grotesca de la New Age propuesta por Rupert Sheldrake- constituía un aspecto saliente de la teoría cuántica de la gravedad. Esa conexión es simplemente una invención; nunca Sheldrake había realizado esa afirmación. Aseveré también que las especulaciones psicoanalíticas de Lacan habían sido confirmadas por recientes trabajos en la teoría de los campos cuánticos (Steele 1996:22) [traducido por Autor].

* Nota: todas las obras citadas en mi artículo son reales, y todas las citas son rigurosamente exactas; ninguna se inventó

Y lo reitera: en realidad “*fue una parodia*” (Sokal 1996c:2) [traducido por Autor]. Con esa precisa información y detallada autocrítica ¿por qué concibo en comentar aquí, esa singular publicación?

Por dos razones: una profesional y otra personal.

2. PARÁFRASIS

Basado entonces no en la publicación ni en sus importantes repercusiones, pero sí en aquello que de ella nos concierne y nos atañe como investigadores en arqueología, es que procuro legitimar mi presencia como profesional. Y comienzo aportando dos reflexiones:

1) En la primera deseo considerar las condiciones y los fundamentos que sustentan las críticas de otras exposiciones en un positivismo extremo, el cual se transforma (¿dónde? ¿cómo?) en un particular procesualismo que no critica los medios de producción científica, y sí hace precisas alusiones a la persona y no a las esencias de la cuestión. Así las críticas de la publicación pueden pasar a ser un delirante pos-procesualismo que ataca al individuo, a su intencionalidad, y hasta a su técnica.

Por lo tanto el problema esencial no está necesariamente en los 'ismos' con que se deben calificar las publicaciones de los investigadores. Entonces, ¿a dónde apuntan las críticas de esas reconocidas publicaciones?

En un primer avance digo que deberíamos reconocer que en algunos trabajos arqueológicos usamos 'ismos' como amplios y supuestos cobertores que modifican y hasta esconden la realidad, la praxis y los datos de las propuestas que se realizan. Ello se transforma así –en una singular ironía-, reproduciendo el estilo vacío y las referencias estériles que afectaban a Sokal. Se suele mencionar en dichas propuestas, supuestas lógicas utilizadas en otros trabajos -en la que no todos concordamos-, que están por fuera y ajenas a las estructuras de los planteos y propuestas que exponen los trabajos examinados.

Ello aconteció (y hasta la actualidad se sigue haciendo referencia) a como muchos investigadores criticaron ferozmente dicha publicación de Sokal, considerando que era un engaño, y hasta fue calificada como una '*mala broma*'. Esa fue una forma demasiado fácil de pretender descalificar no sólo el trabajo –que es indefendible-, más la realidad y el cruel espejo que presentaba con imprudencia dicha propuesta.

Esto permite si se dispone de adecuados análisis, percibir que algunos críticos premeditadamente olvidaban que la ciencia es apenas un procedimiento para obtener conocimiento. Pocos como nosotros con formación antropológica, reconocemos que hoy la ciencia es -más que una incuestionable prueba-, casi una religión.

Pero el tema de esta primera reflexión que hacemos, es la búsqueda de conocimiento a través de la ciencia: que nunca es una verdad, ni aun parcial como Popper la establecía (2011). Y si no, ¿por qué fue que los 'positivistas' originarios abandonaran sus ideas, y abrazaran luego las de Prigogine? (considerando entre otras publicaciones la del 2008)

Los planteos que procuramos activar a través de revisiones, son los de preguntarnos qué es lo que estamos forjando con el uso de genéricas referencias a otros trabajos, los cuales están en ámbitos disciplinares distintos a la antropología, que muchas veces se presentan en ella descontextuados, o mostrando apenas canibalizadas e incompatibles

propuestas teóricas para armar –en el mejor estilo de los 'bricoleurs' de Lévi-Strauss-, proyectos que no resisten crítica, porque en su esencia, tampoco soportan análisis de contenidos (Idem 1962:26-33).

Igualmente importante es adquirir consciencia de los límites de las disciplinas. Naturalmente debe haber mucho para analizar y criticar en las demarcaciones de la ciencia de la no-ciencia, ciencia elitista de la ciencia popular, ciencia ortodoxa de la ciencia marginal; y los límites entre los estudios de la ciencia “académica” y las reflexiones populares y periodísticas acerca de las ciencias están igualmente abiertas a los planteos. Pero sea crítica o irónica, los diálogos constructivos interdisciplinarios exigen conocimiento de los procedimientos con los que las líneas son convencionalmente diseñadas entre ciencia firme y la del tercer nivel, o por la excéntrica, entre estudios científicos bien fundamentados e imparciales, y aquellos prejuiciados y no académicos (Jardine y Frasca-Spada 1997:225) [traducido por Autor].

Por lo tanto, los intercambios o apreciaciones no son meramente problemas de referencias bibliográficas, sino dificultades que inducen clasificaciones que usan parámetros interdisciplinarios sobre los cuales nosotros deberíamos reflexionar y autoevaluarnos para establecer hasta dónde estamos calificados, entrenados, y poseemos los suficientes niveles de conocimiento específico sobre dichas disciplinas para las cuales no fuimos, -ni todos estamos- capacitados (Dincauze 1981).

2) En el segundo comentario que hago (subtítulo 12) tampoco utilizo la propuesta de Sokal, pero sí un aspecto que es para mí extraordinario: su publicación nunca tuvo conclusiones. Ello es inesperado, tan sorprendente como imprevisto.

Entonces tomé una real consciencia de la dimensión del problema: esa había sido una investigación evaluada como científica, que no solamente no tenía resultados, sino que nunca buscó demostrarlos. Sus propuestas unían con imprudencia a un psiquiatra-psicoanalista como Nasio; filósofos como Khun y Feyerabend, a un criptográfico como Loxton; una lingüista como Keller, la revisión sexuada de la ciencia de Irigaray; un literato como Kafka, la de un físico atómico como Bohr; un teórico de la cuántica como Heisenberg, a un ecólogo como Merchand.

Esto hizo estimular mi cada vez más cuestionada comprensión de las reglas de control académicas. Principalmente en las exigencias que deberíamos tener y usar para controlar las informaciones que se nos ofrecen.

Replanteándolo, esta exposición no se limita a analizar la publicación de Sokal y sus prestigiosos entornos, si no que ella en realidad meramente retorna algunas propuestas presentadas como científicas y nos impone (si asumimos la plenitud y replanteos de nuestro bosquejo intelectual) las conversiones a los análisis de los trabajos que leemos y aquellos que presentamos. Por lo tanto ahora no cabe apenas preguntarnos qué es la ciencia, sino qué ciencia queremos, hacemos y comprendemos. Una amplia pregunta que no está dirigida a limitaciones económicas, pero sí a nuestra percepción de los problemas y/o enfoques dentro de los contextos en los cuales ejercitamos nuestra actividad profesional. Y entonces atrevemos a preguntar si en la realidad, llegamos a percibir la problemática.

Porque ella emerge a través de nuestra evidencia de que nosotros como arqueólogos debemos tener una particular y extrema permisividad para tolerar la presentación de

propuestas de nuestros contextos. Y en forma deliberada (aunque nunca expresada en los discursos) aceptamos que mientras algunos de ellos son normativos y que están firmemente establecidos para asegurar la generación y la transmisión de conocimiento, algunos otros son utilizados para lastimosos ataques personales.

Esto nos lleva a afirmar que no hacemos ciencia menor, o de inferior calidad, pero sí ciencia desigual. Una ciencia en la cual muchas veces los discursos son menos importantes que los planteos científicos, y nuestra particular posición sobre no establecer reglas para la difusión del conocimiento, esta embebida de pos-modernismo y pos-procesualismo.

3. LA POS-MODERNIDAD EN LA QUE ACTUAMOS

Una de las mayores exposiciones realizadas es establecer que el pos-modernismo inunda nuestro día a día y nos impone (lo cual no debería ser aceptado) como operativas reglas. Porque ello termina por generar comunicaciones en las cuales no hay esencias, y solo actualísticas referencias. Lo cual genera textos antro-arqueológicos sin contenidos de relación. Ellas establecen de plenas a abstractas referencias, muchas veces ajenas por definición a la esencia de nuestra profesión: que son los datos sensoriales y concretos. Esos textos resultan estar carentes o limitados de obligaciones epistémicas, heurísticas y filosóficas, así como también están abarrotados de descontextuadas y desorientadas referencias que nos distancian de la materialidad que debería fundamentar cada propuesta arqueológica.

En esos entornos han surgido así discursos amplios, vagos, genéricos, descontextuados, con aisladas y puntuales referencias materiales, a veces expuestos como únicos y simples pretextos de los textos. Como por ejemplo, cuando hoy se declara la existencia de todo un período Paleoindio en el Uruguay. Lo que a su vez implicaría predefinir, establecer y certificar sus estructuras económicas, espaciales, sociales, distributivas, etc., etc. Pero por el simple (¿simple?) hecho de haber hallado aisladas piezas paleontológicas anatómicas en la barranca de un río, sin considerar ni avalar que las barrancas evidencian y producen incuestionablemente la intensidad de los procesos de transformación y alteración sufridos en los últimos miles de años, así como la presencia de enormes volúmenes de sedimentos acumulados durante varios e intensos paleo-episodios de transferencia.

Mi comentario es si esas piezas anatómicas usualmente aisladas y descontextuadas, pueden ser utilizadas como sólidos fundamentos para esa propuesta, o son solamente un pretexto para valerse de un epígrafe – lo Paleoindio- utilizado dentro de otros contextos plenamente analizados y comprobados. En realidad, no me asombra que esa propuesta se haga; me preocupa que otros investigadores la acepten sin establecer el análisis crítico de los entornos materiales, pero no hacia reparos personales de quienes las presentan. Porque el rechazo a esos diálogos críticos, evidencia la incapacidad que tenemos para distinguir en un debate científico los aspectos profesionales, de aquellos personales. Así como también disfrazar la búsqueda de mantenimiento de poder institucional, o personal (Consens 1996).

Varias publicaciones en nuestro continente nos establecen como inmersos en discursos pos-modernistas. Principalmente cuando se incluyen las ciencias antropológicas;

discursos particularmente aceptados por las nuevas generaciones. Esos discursos aparecen en el campo de la teoría arqueológica, a través de argumentos que apuntan a desacreditar los datos, con nuevas interpretaciones de extremo liberalismo filosófico y asignarlos a epígrafes.

Algunos de ellos se basan en las clásicas representaciones de Aristóteles, y en los aportes del iluminismo, hasta alcanzar a Derrida, Habermas, Lyotard, Ricoeur, y otros. El pos-modernismo arqueológico adultera entonces los substratos materiales, al afirmar que la exploración científica altera los principios del conocimiento, porque los obliga a estructurarlos bajo afirmaciones totalizadoras y universalistas.

Y así acometen contra lo que es su ineludible corolario: el exceso de confianza que ellas nos prometen, brindándonos verdades apocalípticas obtenidas por un manejo falaz de un racionalismo simplista.

Dichas críticas pos-modernistas atacan así duramente tanto las creencias como las formas que utilizamos para representarlas, afirmando que las teorías que empleamos son apenas un distorsionado espejo de la realidad. Concretan también que las representaciones cognitivas que usamos, son productos mediatizados por el lenguaje y los contextos históricos. Así no puede existir la visión macro totalizadora del mundo que la arqueología moderna nos da, porque el único mundo que proyectamos con los discursos y nuestra historia, es nuestra sociedad actual. (Lyotard 1984).

Por tanto -y de acuerdo a los pos-modernistas- no debemos asumir la existencia de axiomas de causalidad ni de coherencia en la reconstrucción de las conductas del pasado. Por el contrario, entendemos que los arqueólogos deben reconocer la multiplicidad, la pluralidad, la fragmentación y la indeterminación. La forma de reconocerlas es que abandonemos la racionalidad y la unicidad de los objetos, proponiendo que apenas estamos capacitados para recuperar sujetos socialmente fragmentados y lingüísticamente descentrados (Habermas 1981).

Esa aleatoria pos-modernidad, donde la relatividad es casi absoluta, es el ambiente en el cual hoy algunos expositores ajenos a la arqueología y antropología, afirman que nosotros actuamos o debemos considerar. Lo hacen ornamentado con atrayentes carteles que dicen que competimos dentro de una explotación capitalista que está desbaratando las clases tradicionales de obreros, burgueses, campesinos, y hasta la diferencia del género. Esa singular explotación a su vez genera instituciones, prácticas y discursos que legitiman las formas y procesos de dominación y aquellas de control institucional.

4. LA INGENUIDAD DE NUESTRO POST-PROCESUALISMO

Anteriormente hemos manifestado que es relativamente fácil ser post-procesualista en América del Sur. Para ello es suficiente con hacer referencia bibliográfica en los textos a explosivos etiquetados como Shanks, Tilley, u Hodder. Ellas ya están prontas (o sea, pre-textuadas), son multiuso, y generan un alto impacto solidario. Más allá de eso, ellas pueden ser aplicadas a casi cualquier proyecto, sitio, discurso o arqueólogo, y hasta a indeterminadas bases de datos (y si en esta lectura se presentan dudas al respecto, afirmo que también han sido utilizadas las ausencias o extremas limitaciones tecnológicas de las bases de datos).

Una de las causas de la aceptación acrítica de estas propuestas es que los arqueólogos sudamericanos introducimos algunas veces un expreso y preciso repudio y recelo a las exigencias de los procedimientos operativos de las ciencias de comprobación (*hard science*), que son imprescindibles en el denominado procesualismo (Consens 1995). Esto es el producto de una ausencia en la formación curricular en matemáticas, física, manejo de base de datos, lógica, problemas de análisis estadístico y probabilístico, evaluación de inferencias, elaboración y procesamiento de conjuntos, etc. Pero sería simplista asignar los pecados apenas a los currículos universitarios. En la realidad, la distorsión profesional de los arqueólogos se inicia en el propio perfil de los aspirantes a arqueólogos, que optan por escapar, antes que enfrentarse, a esas disciplinas 'duras' en las elecciones que hacen de títulos universitarios para su futuro. Un futuro muchas veces directa y estrechamente ligado a instituciones formalistas que dificulta la valiosa aproximación a análisis personales.

Esta es una de las formas de establecer críticamente lo que hemos recibido, lo que estamos exponiendo y lo que criticamos: Tal como lo establece adecuadamente Robbins, "*El estudio sistemático substituye a la intuición, esos 'sentimientos viscerales', sobre 'porque hago lo que hago' y 'que mueve a los demás'*" (Ídem, 2004:10).

5. TEXTOS COMO ARTE

Es así que por diversos caminos y referencias, algunos arqueólogos generamos unas cuantas veces textos que pueden ser apreciados como productos artísticos. Y esto no debe producir sorpresa ni indignación, porque aunque algunos arqueólogos los soporten y los sostengan, no todos dichos textos son, o expresan conocimiento. Sokal hizo una maravillosa sátira sobre los discursos que se aplica cabalmente a algunas propuestas arqueológicas. En ella, "*la "realidad" física... es en definitiva una construcción social y lingüística*" (Sokal 1996b:3) [traducido por Autor].

Nosotros entendemos que al menos podemos presentar tres argumentos contra esas conjeturas que se han denominado 'discursos'.

El primero es recordar junto a Chomsky, que no existe ninguna correlación entre pensamiento y lenguaje (Piatelli-Palmarini 1983:220). Con esto queremos decir que podemos escribir (y también exponer) de manera independiente a aquello que hemos recibido como formación didáctica: pero que responde a las propuestas intelectuales. Esta surge como una dicotomía que aparece como una falsa analogía, porque precisamos del lenguaje para expresar (en forma oral o escrita) lo que pensamos: pero destaquemos que lo reverso de la misma no es una mentira, y entonces sí podemos expresarnos sin que necesariamente lo referido sea un espejo de lo pensado.

Ello no es un juego de palabras; queda desautorizada con esa afirmación la manipulación que hacemos de los datos abstractos, porque en algún momento ellos deberían ser confrontados con la realidad empírica. Lo que no siempre ocurre entre nosotros. El otro aspecto a reflexionar es el que fuera señalado por Fodor, "*nadie puede aprender una palabra que exprese un concepto que no se posee*" (Fodor 1983:218) [traducido por Autor].

El segundo argumento para rechazar la conjetura de los ‘discursos’, es que continuemos asimilando textos a conocimiento, que ha sido (y lo es) la utilización que los arqueólogos hicimos y hacemos de un concepto de Barthes, el cual señala que las pesquisas arqueológicas pueden ser leídas como meras funciones comunicativas. Porque –tal como indicado- nosotros las estructuramos semánticamente en forma de textos. En la realidad, Barthes apuntaba a una metáfora analítica, y no a la lectura denotada de textos, y así los textos discursados no tienen validez (Barthes 1967).

El tercer argumento es que casi todos los textos arqueológicos dicen, o exponen, tener propósito científico. Pero esa es una falsa auto atribución con carácter tautológico: ella no puede nunca ser soportada solo por el propio discurso propuesto en esos mismos textos. Porque los aspectos semánticos de esos textos quedan ocultos o transformados apenas en un “*arte de la lectura*” (Whitley 1998:257). De mantener esa falsa analogía entre discurso y conocimiento, estamos invirtiendo la base factual de la arqueología, cuyas pruebas estarían de aquí en adelante solamente en los textos que exponen versiones sin origen de sus plataformas.

Eso facilitaría y propone un desvío de los argumentos que soportan la investigación y su atribuido valor científico. Los textos así planteados son apenas discursos impregnados de delirantes egos, o de referencias incongruentes e incompatibles. Exactamente las mismas que Sokal utilizó con tanto éxito. Los textos en esas condiciones, son propuestas que oscilan entre el surrealismo y el pos-modernismo.

Dentro de ese contexto es que Funari hizo una contribución altamente crítica a las publicaciones que considera pertenecen a la arqueología teórica en nuestro continente. Y su análisis es tanto más controvertible y provocativo, porque precisamente para analizar dichas publicaciones, las distribuye (o sea las reconvierte) en parcelas circunscriptas. Lo cual él sustenta, es tal como ocurre particularmente en el Brasil (Funari 1999:216-217).

6. INCOMPATIBILIDADES

Como indiqué en el inicio, surgen discrepancias en los procesos de la investigación las cuales no están apenas analizadas para generar o producir información, sino para ser vinculadas a las referencias científicas utilizadas que sólo poseen relación descontextual.

Esas analogías son parte de nuestras limitaciones biológicas, psíquicas, neurológicas y físicas, pero también lo son por los impertinentes abordajes teóricos y metodológicos que utilizamos como referencia procesualista. Ellas se generan también por las armaduras epistémicas a las cuales resistimos, rodeándonos de referencias filosóficas diversas; y de los consecuentes 'ismos' que tal como indicamos, algunos de nosotros utilizamos para mantener una asignada actualización.

Otro factor que estimula las discrepancias es el excesivo peso que impone a nuestros proyectos la influencia de las tecnologías utilizadas, muchas veces establecidas por los contextos y políticas de las instituciones en las cuales estamos insertos. Y no por obvia debemos ocultar una tercera fuente de discrepancias generadas a través de la ingenuidad, la inexperiencia, o el egocentrismo del investigador que considera sus discursos como espejos que permiten afirmar su real postura.

Como antropólogos que rehusamos considerar la uncausalidad en las acciones humanas, debemos precisar que el rechazo o incapacidad de recuperar información de las discrepancias, no es el resultado de una sola de estas opciones, y que ellas en realidad se generan casi siempre por alguna que no siempre es una perceptible aleación de las mismas.

Tal como lo cité previamente, no debo eludir la existencia de factores que se integran a nuestras barreras teóricas, que se manifiestan a través de obligaciones institucionales, por las restricciones que impone la construcción curricular, por aquellas emanadas de propuestas ideológico-políticas respecto a las estructuras teóricas en uso, y por las ineludibles limitantes económicas de los investigadores de países en desarrollo, sofocados además bajo abrumadoras 'burrocracias'.

Tampoco deseo limitar el planteo de las discrepancias en la investigación a un enfrentamiento investigador-investigador. Cuando descalificamos dichas denominadas (en realidad, etiquetadas) inconsistencias, junto a ellas desaparecen también las preguntas y cuestionamientos a los que deberían ser los expuestos marcos teóricos que utilizamos. Y a sus estructuras y las pertinentes discriminaciones realizadas. Por lo tanto, ello permite suprimir también ingenuamente (¿ingenuamente?) la esencia del cuestionamiento teórico y metodológico de nuestras investigaciones.

Porque *“es mucho más fácil permanecer confortablemente dentro de las asunciones de nuestro paradigma limitando el análisis de tales hechos dentro del marco previamente estructurado”* (Crook 1978:35) [traducido por Autor].

7. INCOMPATIBILIDADES DISGREGADAS

Estos bosquejos nos obligarían a reconocer que los datos que manejamos, o más precisamente aquellos con los que operamos, no son necesariamente los que emergen de la investigación. Porque las discrepancias de los textos previamente analizadas no siempre son incorporadas a los procesos de las investigaciones. De acuerdo a las estructuras académicas- y en especial a los marcos éticos que plantearemos- ellas no deben desecharse considerándolas como diatribas, ni mucho menos exponerse en textos personalizados, tal como han surgido en nuestro país.

Esas han sido inadecuadas o impertinentes retroalimentaciones que no pueden –o no deben- ser operadas a través de los mismos parámetros y entornos de investigación con los que recuperamos, descubrimos o proponemos los datos de las investigaciones. Las retroalimentaciones no intentan modificar datos, sino que en oportunidades, formulan ataques personales, sin exigir la receptividad del investigador en aceptar los retos de asumirlas. Porque las discrepancias que emanan de la retroalimentación, no imponen transformaciones e incluso revocaciones en el proceso de la investigación; y si meramente se imponen hacia el investigador. De lo cual surge esta ponencia respecto a plantearnos hasta dónde estaremos capacitados e intelectualmente preparados para considerarlas, evaluarlas y aplicarlas para el futuro. Pero también establecer imprescindiblemente normas éticas para disminuir dichas personalizaciones.

Las contradicciones además no emergen sólo en las investigaciones de la forma estructurada que los investigadores esperan, predicen o suponen. Ellas –cuando acaso son reconocidas- surgen intempestiva e indecorosamente, procurando introducir estocásticas mutaciones que se dan como incompatibilidades: deben ser así desechadas por los investigadores.

Y ésta es una de las esencias de nuestro planteo: acentuar que hay una dicotomía investigador e investigación que no todos reconocemos como diversidades intelectuales.

Los datos etiquetados en las investigaciones como fragilidades o inconsistencias son prontamente excluidos por el investigador de las mismas: e incluso son usualmente eliminados. Dado que dichas inconsistencias son consideradas diferencias del paradigma adoptado, o infracciones de los procedimientos metodológicos.

Sin embargo dichas inconsistencias pueden ser también el resultado de nuestra incapacidad técnica para operarlas, o de nuestra fragilidad teórica en concebir vías adecuadas de expresión para las mismas. Para usar términos más técnicos, el planteo es cuestionarnos acerca de si acaso estamos en condiciones de desarrollar estrategias para optimizar las discrepancias arqueo-antropológicas y transmutarlas en datos significantes. El cual resulta ser un proceso crítico, complejo y cuestionador: pero fundamentalmente más extenso, mucho más extenso que lo que las imposiciones curriculares nos permiten, tasan y admiten.

Muchos investigadores perdemos o trastocamos el planteo autocrítico de que cuando observamos, en realidad también participamos. Y participar implica que intervenimos, alteramos, trastocamos los objetos e incluso los hacemos desaparecer.

No somos (como algunos imaginan o proponen) inocuos o asépticos observadores, sino que actuamos sobre los limitados -y a veces altamente restringidos- conjuntos materiales que recuperamos: y por lo tanto los alteramos.

8. DATOS Y FENÓMENOS

Esta presentación no apunta a considerar y revisar sólo la necesaria lectura informativa, sino que propone también otra con perspectiva antropológica para analizar no necesariamente el texto, sino los implícitos conceptos y afirmaciones que éste transporta. Un planteo que merece un mayor debate dialéctico porque es contradictorio, dado que mientras se sostiene (o al menos se valoriza) lo institucional, por otro lado se reconoce la existencia de exclusiones de la producción intelectual que no pueden manifestarse en las instituciones.

Y esto impide la comprensión porque, "Los textos son permanentemente expresiones rígidas... y ello indica que un miembro de la conversación hermenéutica, la del texto, es expresado solo a través de otro miembro, el interprete" (Gadamer 1975:349) [traducido por Autor].

O sea que cada texto tiene una dimensión de comprensión subjetiva e individualizada si no enmarcamos el caos y la ambigüedad. Por ejemplo, subsiste entre muchos de nosotros una confusión entre lo que es exponer modelos, los cuales son "una construcción lógica relacionada a un número específico de variables en una forma específica" (Henneberg y Ostoja-Zagorski 1984:42), y teorías (específicamente analizadas por Binford) en las cuales

es necesaria “la habilidad intelectual para explicar las variaciones observadas en términos de condiciones generales” (Ídem 1991:284) [traducido por Autor].

Vamos así reconociendo que muchas de las exigencias que proponemos durante los análisis claman por la consistencia lógica de sus relaciones tanto con el desarrollo teórico, como con las técnicas de tratamiento y de aquellos datos y fenómenos considerados de interés. Siempre y cuando dicho desarrollo y mantenimiento tuviera sostén formal (o sea aquel que establecimos dentro de pautas teóricas). Sin embargo, la complejidad del ingreso de nuevas técnicas en laboratorio y el reconocimiento que hacemos de la complejidad, aleatoriedad, inconsistencia y maleabilidad de los datos recuperados (que me permito recordar no son necesariamente aquellos incrustados en los objetos) nos han permitido reconocer la multiplicidad y el carácter implícito de las estructuras de las bases de datos que construimos (Carr 1985:3).

Lo cual bosqueja si, ¿acaso los datos fenomenológicos recuperados en los laboratorios son indivisibles representativos de la realidad arqueológica?

Muchos creemos que en los laboratorios recuperaremos la plena realidad. Lo cual reconozco es una actitud positiva que motiva un equipo para mantener la tediosa continuidad de trabajar nueve a diez horas encerrados, tras cada hora que los investigadores ocupamos en las tareas de campo.

Antes de proseguir debo especificar el carácter de fenomenológico de los datos. Los datos de las investigaciones pueden ser respuestas inconclusas a los fragmentados e inacabados planteos que hacemos en el decurso de las investigaciones recluidos dentro de paradigmas y marcos. Decimos que son fragmentados porque pocos de los investigadores asumimos conocer la totalidad de lo que expresan: si acaso expresan alguna totalidad. Y afirmamos que son inacabados porque se externalizan como fenómenos.

Los fenómenos son “*toda manifestación que se hace presente a la consciencia de un sujeto y aparece como objeto de su percepción*” (Diccionario de la Real Academia Española 22^a. edición, Madrid. 2004). O sea que ellos son solamente aquellos que percibimos dentro de nuestras convencionales pautas culturales, biológicas y psíquicas. Por lo tanto debemos asumir que no son la objetividad, ni representan la realidad.

Como muy bien lo sintetizara Niels Bohr, “*No existe ningún fenómeno aparte de los fenómenos observados*” (Ídem 1957:47) [traducido por Autor].

Los datos fenómenos emergen sin estructura, o sin parámetros que nos permitan su reproducción en laboratorio: porque ellos están fuera de nuestros marcos. No son “*sucesos*”, porque estos tienen deslinde físico-temporal que son operados dentro de dichos marcos. Tal como por ejemplo, los fechados de radio carbono.

Lo cual nos retorna a los previos planteos respecto a la adjudicada o supuesta estructura de los datos. Y ello nos permite replantear: ¿Los datos fenómenos recuperados en los laboratorios, son representativos de la realidad arqueológica?

A diferencia de lo que podíamos entender al inicio de esta ponencia, ella se responde sola. Porque los datos emergen a través de supuestos teóricos que los transforman ineficientemente en empíricos. Ineficiencia e igualmente entelequia generada por sus múltiples e implícitas estructuras. Esto fue denominada como “*la metodología del doble enlace*” (Carr 1985:3) [traducido por Autor]. O sea que la búsqueda de variantes relevantes

y de procedimientos analíticos no discordantes, sólo se logra si previamente nos insertamos dentro de una estructura teórica que considere no sólo su revisión a través de las retroalimentaciones, sino su misma impugnación.

9. DISCORDANCIAS

Hemos utilizado el término 'discordante' el cual me permite retornar a nuestros planteos del inicio, y me obliga a señalar su incompatibilidad con la discrepancia. Las discrepancias se producen como resultado lógico, coherente de cómo fueron seleccionados la estructura de los datos y los marcos de recuperación. Ello concierne la naturaleza de la organización del fenómeno, cómo el mismo se expresa en lo estructural en comparación a los otros datos, y cómo se espera que se denote (Moratto y Kelly 1978:9). Recalco lo que estos investigadores señalan: la emergencia de las discrepancias está limitada a lo estructural. O sea a las estructuras generadas por el investigador, y no por aquellas establecidas por quienes realizaron los objetos arqueológicos.

Ello es lo que nos permite distanciar el término 'estructura de los datos relevantes' como distinto al de la 'estructura total de los datos', que es el proyecto arqueológico. El término 'dato relevante' es reservado así para aquellos aspectos del sistema de datos que reflejan '*individuales fenómenos de interés*'. Esa particular estructura de lo relevante, prevé la inclusión de variables generadas a través de procesos de investigación simples o paralelos, procesos codeterminantes que definen una población homogénea. Y que debe incluir las relaciones (las múltiples relaciones) "*entre variables y observaciones que reflejan dichos fenómenos y la naturaleza de su observación*" (Moratto y Kelly 1978:11) [traducido por Autor].

Esas relaciones son las que originan las clásicas expectativas que los investigadores asumimos que surgirán cuando nos enfrentamos a objetos desconocidos., y que los convertirán en realidades a través de la estructura de nuestro proyecto de investigación.

Sin embargo esas expectativas no se cumplen cuando la estructura y la metodología utilizada no prevén su inserción. Esto permite reforzar nuestra afirmación de que los sistemas tipológicos que no ofrecen la posibilidad de generar dicha estructura de datos relevantes, tienden a ocultar su evaluación. Y como antes se señaló, "*Algunas veces observamos tipologías que son meros ritos de pasaje para la profesionalización*" (Whittaker et al. 1998:160) [traducido por Autor].

Esto también desmonta –al menos epistémicamente- lo que muchos investigadores mantenemos como pauta cuasi única de validez en nuestros análisis: que las relaciones entre los datos y la estructura del proyecto sean "*lógicamente consistentes*", o sea, que son formalmente no argumentables (Carr 1985:2). Por lo que así se anula la real extensión de la función investigativa que es la de cuestionar marcos, procedimientos y datos, y no apenas acumular estos últimos en cajas de zapatos bajo etiquetas taxonómicas.

Con lo que retornamos a los amplios planteos de Fodor (1975) quien cuestionó si las teorías son realmente herramientas exploratorias de conocimiento, o apenas rígidos continentes de formulas rituales (institucionalizadas) para la elite investigadora que se arroga el derecho de formular pasados.

10. TIPOLOGÍA

Obtenemos así las tipologías utilizadas en las investigaciones que pueden ser consideradas en análisis pertinentes, como recursos metodológicos o como mazmorras intelectuales.

Aunque la taxonomía no es necesariamente la única forma de procesamiento de los objetos materiales, pero sí es incuestionablemente el primer paso esencial de cualquier estudio analítico sistemático. La clasificación no debería imponer y sostener rígidas estructuras bajo las que los investigadores se esconden señalando que ella es su paraguas nomotético.

Considerada adecuadamente, la clasificación puede promover sistemas alternos que permitan no solo efectivizar los trabajos de laboratorio, sino hacer la lógica emergencia de las inconsistencias, la carencia de suficiente relevancia y contradicciones en los datos. Estas realidades surgen de la utilización de rígidos cánones tipológicos recubiertos muchas veces de aun más rígidos conceptos metodológicos. Estas contradicciones que irrumpen entre investigación y los marcos del investigador, no son incapacidades, sino que deben ser vistas como senderos para generar procedimientos alternativos. Por lo tanto las retroalimentaciones, que son las que hacen emerger estas divergencias y que crean dubitativas y siempre inoportunas discrepancias, deben ser utilizadas no apenas para crear nuevos tipos, sino que deben ser los arietes, las excusas epistémicas para introducir alternativas en el proceso de la investigación.

Situaciones equivalentes fueron planteadas por Chomsky al estudiar la organización lingüística a través del análisis de varias gramáticas. En vez de permanecer encadenado y sepultado en la compleja problemática de las equivalencias y formas de las distintas formas de expresión, él generó aproximaciones alternativas. De las que recuperó que los seres humanos, usando un relativamente pequeño conjunto de reglas y unidades pueden construir una infinidad virtual de nuevas estructuras (Ídem, 1968).

Este ejemplo clásico (pero que tiene varias publicaciones de similar intento) entendemos que es excelente para el objetivo que procuramos aquí. Explicitar que los investigadores no deben concentrarse en los aspectos formales de las expresiones arqueológicas, y sí en apuntar a conocer las reglas que las generaron. Para ello es necesario no limitarse a sostener teóricas estructuras de producción de conocimiento, y sí a atreverse a generarlas a través de continuas reconstituciones de dichas normativas teóricas.

Este planteo rompe tradicionalizadas pautas académicas. Porque reconocemos que,

Desde luego que es mucho más fácil permanecer comfortable dentro de las asunciones de un paradigma que limita nuestros análisis a aquellos eventos del mundo que más o menos caen dentro del marco, y así eliminar todos los otros cuestionamientos por metafísicos o simplemente demasiado complejos (Crook 1978:35) [traducido por Autor].

Esta última proposición apunta a escapar al restringido análisis que la arqueología tradicional impone a los investigadores, al establecer comparaciones limitadas a los términos estructurales. Y propone avanzar hacia aquello que las contradicciones sugieren al retroalimentar: cambiar las pautas de la investigación utilizadas.

No se trata entonces de oponernos, ni de enfrentar las nociones de función y adaptación que los materiales explicitan a través de su análisis, sino de incorporarlos. Porque las funciones no son entidades absolutas, y si “*reflejan las convencionales divisiones entre necesidades y actividades*” (Miller 1982:23) [traducido por Autor].

Así nos acercamos a relacionar las transformaciones estocásticas de la investigación para alcanzar las metamorfosis en las investigaciones. Mutando principalmente a los investigadores respecto a los usos científicos de teorías, metodologías e incentivando la voluntad de planteo tipológico como está determinado en una afirmación de Read y Leblanc “*No podemos medir una mudanza en el tiempo o en la escala espacial, que sea menor que el instrumento utilizado para medirlo*” (Ídem 2003:57) [traducido por Autor].

Lo cual expresado en procedimientos arqueológicos equivale a plantearse cómo un investigador puede hacer referencia a deshechos, si cuela los materiales de sus excavaciones a través de una malla de 3 x 3 cms (Consens 2000a). O cómo justipreciar paleosuelos si explora en niveles artificiales. O cómo analizando sólo dos yacimientos (e incluso en algunas propuestas apenas uno) algunos investigadores explican procesos de desplazamientos, utilización de espacios, redes de intercambio, materia primas, etc. Esos planteos –que no alcanzan el nivel de propuestas- no pertenecen a los viajeros del tiempo de Gamble: son propias de la ciencia ficción (Consens 2006).

11. INCIDENCIAS EN LA INVESTIGACION ARQUEOLÓGICA.

Con estos planteos de reflexiones y comentarios inicialmente propuestas a través de las conmociones producidas por las publicaciones de Sokal y sus numerosas, valiosísimas y disímiles respuestas -reconocidas por los mismos publicadores que afirmaron luego: “*La conducta de Sokal se ha convertido rápidamente en un objeto de estudio, para quienes analizan el comportamiento de los científicos*” (Robbins y Ross, 1996)[traducido por Autor]- y sus más que importantes posteriores y actuales repercusiones (las cuales, permítanme recordarlo, fueron más amplias y hacen aún mayores cuestionamientos a las evaluaciones de las propuestas arqueológicas), sugiero que nos atrevamos a pensar cómo es que su propuesta y las discusiones que ellas afectan, proponen y fundamentalmente varían por sus planteos a los conceptos que utilizamos en nuestras investigaciones.

Uno de los puntos interesantes que mencioné, es el de las publicaciones arqueológicas que utilizan referencias no a los trabajos puntuales y de laboratorio, sino a etiquetadas propuestas teóricas que como toda novedad, hacen que mucha gente 'entre en la moda' de los nuevos 'ismos'. Lo propuesto como 'nueva etiqueta' ofrece muchas veces irresistibles tentaciones. Sin embargo, entiendo de que no todos los actuales investigadores, reconocen su propia base filosófica y didáctica como para evaluarlas.

Esto permite reificar la ideología (limitarla apenas a los objetos), hasta llegar al extremo de que todo un marco conceptual de propuestas y exposiciones aparece sintetizado en una única y apretada referencia bibliográfica. Y esto resulta precisamente más cuestionable, cuando la propuesta teórica usada no tiene correspondencia física, conceptual y académica, ni con la pesquisa realizada, ni con nuestro entorno social.

Esto resulta más patético aun cuando algunos usamos referencias a conceptos y a técnicas que son por origen, pero también por empleo específico, extra disciplinarias.

Algunos hasta nos atrevemos a usar como procedimientos para explicar la singularidad arqueológica, términos de esos lenguajes propios de otras ciencias. Lo cual nos permite reflexionar sobre la afirmación de Santander: “¿Como, sin llegar al fondo del asunto, se puede decidir algo sobre el uso pertinente de un lenguaje prestado de otro dominio?” (Santander 2001:8).

Son estos usos y referencias de conceptos ajenos, los que mejor nos permiten aceptar la cruel y más efectiva estratagema de Sokal y de la hermenéutica que la rodea.

Entre los más notorios de estos usos, en los cuales es el discurso y no los datos del objetivo de la investigación, surge el recuerdo de la ambivalencia y ambigüedad con que el nomadismo y el sedentarismo aparecen en nuestros textos, apenas como dicotómicas expresiones. Que resultan ser muchas veces mágicas, porque de ellas se desprende que los nómades son aquellos que tienen pies y entonces caminan; y los sedentarios son los que no poseen piernas, pero no siempre están inmóviles.

Ello nos permite afirmar si acaso, ¿conocemos en plenitud los elementos que los establecen y somos capaces de determinar los parámetros para utilizar y exponer ambos términos?

Lo mismo ocurre con los establecidos como forrajeros, cazadores u horticultores que surgen como categorías inmanentes, puras, tal como en las ideas de Platón. Ellas suponen (y, ¿acaso debemos conjeturarlas en los procesos de la investigación?) que todos reconocemos esas categorías taxonómicas, y que por lo tanto, ellas pueden ser prescriptas en toda ocasión.

Ello genera que algunos investigadores apuntan a suponer que sus afirmaciones no se pueden cuestionar, como si se trataran de las de un hechicero, un chamán, o un Santo Padre. Lo cual compone que si alguien pregunta sobre la metodología por ellos utilizada, las pruebas experimentales realizadas, la lógica empleada, y la coherencia de los marcos teóricos citados, produce sobre ellos una violenta ruptura de las relaciones personales y hasta institucionales.

Lo interesante es que tampoco esas propuestas apuntan a fundar ningún resultado. Están inflamadas de 'ismos' y citas (como las que Sokal hizo del psiquiatra Lacan en relación a la gravedad cuántica) sin llegar a su final en ninguna revisión, y así ratificando – sin nuevas pruebas- los preconceptos establecidos. Lo que hace de ellos un notorio y clásico ejemplo de la “*ciencia normal*” de Khun (Ídem 1971, 2005). O sea una ciencia cuyos propósitos son apenas los de afirmar el establecimiento o el paradigma utilizado. Eso no es necesariamente ciencia, y definitivamente de esas propuestas no se obtiene conocimiento: sólo sostener su plaza institucional.

12. COMENTÁRIOS SOBRE NUESTRA AREA

Con todos estos antecedentes, si ahora analizamos los materiales de simposios y reuniones de arqueología, resulta que la teoría consiste, para una gran mayoría de los que vivimos en este continente, en presentarla a través de argumentos discursivos, historiografía (o sea hacer un relato cronológico de las ideas de otros investigadores), e incluso sermones a otras ponencias. Lo cual no necesariamente da crédito al trabajo: pero tampoco nos hace olvidar que puede resultar ser apenas una perorata. *“Las teorías deben ser herramientas exploratorias del conocimiento, y no rígidas fórmulas rituales utilizadas por la élite de investigadores que se apropian del derecho de crear pasados”* (Consens 2004a:145).

Hay que no solo aceptar, sino insertar y formar como irrefutables miembros de nuestras concepciones y formaciones intelectuales, que los planteos que hacemos no son ineludibles ni perennemente 'la verdad'. Los cambios tecnológicos y científicos, las innovaciones generadas a través de las nuevas investigaciones, así como los hallazgos de objetos y elementos que anteriormente no se encontraron o detectaron, generan inexcusables modificaciones. Nuestra propuesta procura bajo dos puntos que estas se tengan en consideración en los planteos que se formulan hoy. El considerar las realidades de los inevitables cambios que se producirán en las mismas, y el valorar (sin imprescindiblemente reprochar) los trabajos de nuestros antecesores.

Desde luego que esos dos puntos obligan a reformularnos en diversos y amplios métodos. Aceptar que lo que proponemos en la actualidad es una realidad dado que la misma se ajusta a la teoría que exponemos, y porque la misma también se ajusta a los axiomas que dicha teoría propone (lo cual obliga a algunos a revisar el concepto de axioma en lugar de establecer una mera propuesta). Considerar la realidad de la verdad científica de las evidencias propuestas, como integrante de lo que realmente se conoce del mundo real. Analizar las consistencias y las excluidas divergencias expuestas en los planes, para colaborar en las investigaciones del futuro: unas para atestiguarlas y otras para proponer nuevos análisis. Y ello continúa en varias otras orientaciones porque las esencias de nuestras propuestas se analizan (científicamente) bajo tres indagaciones: ¿Están nuestras evidencias realmente enmarcadas en la teoría utilizada? ¿Las evidencias que exponemos se relacionan con la realidad? ¿Y cómo las evidencias seleccionadas nos dicen que la teoría utilizada sí se relaciona con la realidad?

Burt indica que esas tres preguntas están directamente relacionadas a tres conjuntos de contextos: el primero es un conjunto de teóricas posibilidades; el segundo es un conjunto que realmente ocurren en la realidad; y el tercero es el conjunto que acaece en un cuerpo de evidencias empíricas de la realidad. Y afirma que si uno no es correcto en el conjunto, puede no ser apropiado en los otros conjuntos de contexto (Ídem, 2010:80).

Entonces las teorías son (o deben estar) incuestionablemente relacionadas a evidencias y realidades. No es suficiente proponer que las mismas son adecuadas por meros vecindades.

Entre los ejemplos que aspiro exponer, está el surgimiento en las nuevas investigaciones de nuestra área de las referencias al nomadismo y al sedentarismo; a sociedades igualitarias y complejas, así como a forrajeros, cazadores y recolectores, y hasta se afirma el reconocimiento de la existencia específica de cazadores especializados y no-

especializados; o los designados como complejos e igualitarios. Algunos incluso proponen como reconocibles, clasificaciones que poseen una mayor sutileza las cuales resultan ser mucho más ambiguas, como cuando afirman por ejemplo, la existencia de complejidad emergente.

De la lectura de esos textos es evidente en esas categorizaciones que los humanos así taxonomizados deben poseer específicas y detalladas características, y realizar con ellas acciones, adoptar singulares distribuciones espaciales y su sugerido registro arqueológico refleja conductas que les son privativas y especializadas. Pero en la lectura de varias de dichas publicaciones, no localicé (más allá de las obligadas y genéricas referencias bibliográficas) los fundamentos que me permitiesen conocer las concretas referencias de los principios utilizados. Y principalmente, como fue que dichos investigadores determinaran los parámetros que diferencian los grupos entre sí. Tengo la percepción de que las pocas referencias por ellos utilizadas, tampoco son aceptadas por toda la comunidad arqueológica.

Lo que me permite entonces volver al tema de las etiquetas científicas que en oportunidades indicamos. Juzgo que muchas de esas clasificaciones son fieros ejercicios taxonómicos, tan imprecisos en lo conceptual, como semánticamente (Consens 1991a, 1996, 2000b) (Consens y Seda 1990).

Por eso es que aquí vuelvo a platicar sobre etiquetas (o 'ismos'). Porque la mayor parte de dichos términos son complejos, mucho más complejos de lo que mi formación académica me permite reconocerlos. Por ejemplo, para usar algunos de esos términos clasificatorios se debe poseer una amplia, sofisticada, reconocida e reconocible base de datos que contengan y precisen los sistemas de asentamiento para ellos utilizados. Los cuales a su vez, obligan a especificar los sistemas ecológicos, los modos de producción, recursos locales y también los grados de estacionalidad de dichos específicos recursos.

A su vez, hacer referencia a residencias, también obliga –al menos epistémicamente– a definir y a precisar las distintas, muy distintas en que ellas se realizan y surgen a través de las investigaciones en convenciones de residencia. Así como es ineludible para determinarlas, se deben establecer la existencia, los usos y los empleos de los sistemas de almacenamiento utilizados. Porque la ausencia de sus específicas y comprobadas manifestaciones, o las distintas técnicas y estrategias con que fueron utilizados, es lo que predetermina y condiciona las calificaciones taxonómicas.

¿Cuántas de estas previas e ineludibles determinaciones se realizaron para establecer las etiquetas en las comunidades pre-históricas?

Experimentalmente conozco muy pocas. Y afirmarlo en destaque como valiosa excepción, el proyecto de De Masi (2001).

Permítanme ser más específico en este aspecto. Por ejemplo para inferir complejidad en los cazadores recolectores debemos reconocer y establecer la presencia de estos factores: *medio ambiente, disponibilidad de recursos, subsistencia, sedentarismo, asentamiento lineal, tecnología, almacenamiento, población, intercambio, conflicto, competición, organización social, territorialidad, estilo, organización de los trabajos, especialización en artesanías, inigualada y diferenciación del status* (Price y Brown 1985:7) [traducido por Autor].

Pero conjunto a dichas propuestas es también necesario determinar, reconocer y manejar índices de natalidad y fertilidad, tamaño de la población, disponibilidad de los

recursos, características de competición intergrupal, densidades y coalescencia (Read y Leblanc 2003:64).

Algunas publicaciones afirman (al menos en los textos) que una comunidad es cazadora o forrajera a través de singulares inferencias (que se asemejan demasiado a simples profecías) basándose en aisladas inducciones, no siempre cualificadas y casi nunca demostrables en un pertinente debate.

No pretendo aquí levantar polémicas sobre esas propuestas, pero sí preguntarnos si acaso podemos cualificar grupos humanos sin conocer esos básicos parámetros.

Y es aquí donde está –a mi juicio- la básica diferencia entre procurar hacer ciencia, y hacer (en el mejor estilo del concepto de Lévi Strauss) 'collages' -colchas de retazos- sin fundamentos epistémicos. Que por lo tanto, se facilita construir discursos pseudo científicos, o ilusorias auto promociones post-modernistas.

13. OTROS ACOTACIONES

Desde el inicio he hecho referencia al término teoría. La dificultad es que “*La teoría es, desde luego, por lo que hacemos, inmanente a todo: pero podemos ser conscientes o inconscientes en relación a su práctica*” (Sherrat 1993: 27) [traducido por Autor].

Pero al menos expongamos ¿qué es lo que se está entendiendo y proponiendo como teoría para los lectores?

Es relevante señalar las respuestas de cincuenta calificados arqueólogos norteamericanos quienes respecto a lo que ellos consideran como “*teoría arqueológica*”, establecen que reconocen que el término puede abarcar de uno a tres significados distintos (Embree 1989). Al analizar el material de los simposios y reuniones que contienen y alegan la temática arqueológica, resulta que la teoría es para una gran mayoría de quienes habitamos este continente, exponer argumentos discursivos, historiografía, juicios y sugerir reprimendas a otros ponentes. Todos ellos poseen (el nuestro incluido) obligadas citas a los 'popes' de las diversas religiones teóricas.

Por lo tanto estar *aggiornatto* fue y es aun para algunos investigadores, citar los últimos textos o aplicar (con graves pérdidas económicas y consiguiente frustración humana de los equipos intervinientes) técnicas y metodologías no apropiadas a sus propios marcos de investigación. Lo cual nos introdujo en la reflexión propuesta por Fodor, de que los planteos y los entornos que propician la formación académica e institucional de dichas propuestas, estén actuando no en el rol de distribuidores de conocimiento, sino como un marco para la mera fijación de creencias (Ídem, 1975).

Lo cual produce un extraño cambio dialéctico: pasamos a reportarnos bajo paraguas nomotéticos que son los únicos que justifican y fundamentalmente limitan y precisan nuestras propuestas. Ello conduce a que en determinados contextos propuestos, los sentidos perceptuales y físicos de los yacimientos estén totalmente transformados. Los sitios en ese entorno pierden su materialidad y hoy son una parte de circuitos de movilidad, de obtención y transformación de materia prima; de abastecimientos; búsqueda de fuentes o asentamientos. Pero, ¿cual de dichos segmentos están adecuadamente contrastados?

Y fundamentalmente ¿dentro de qué parámetros es que podamos reconocer y recuperar la forma en que los sitios arqueológicos se produjeron, mantuvieron, reciclaron y abandonaron?

La gran mayoría de las propuestas realizadas en estos últimos años, opera con los meta datos. Los marcos teóricos son imprescindibles para transformar y generar los meta-datos: los cuales son las esencias del discurso arqueológico.

Aquí es donde irrumpe nuevamente el planteo de Fodor (1975) quien cuestiona si las teorías son realmente herramientas exploratorias de conocimiento, o rígidos continentes de formulas rituales (institucionalizadas) para la elite que se arroga el derecho de formular pasados.

Aspiramos a que estas afirmaciones y provocaciones sirvan para repensar ideas y para confrontarlas. No se hace ciencia sumergido en rígidos ataúdes. Debemos cuestionar hasta dónde es posible aplicar nuevos textos, como meros pretextos en los mismos obsoletos contextos.

Porque además de los discursos desencontrados y esquizofrenizantes que así se generan, estaríamos condenando a las nuevas generaciones de investigadores a volcar sus esfuerzos y expectativas no a la creación y desarrollo, sino a la fijación de ritos y de fórmulas canonizadas. Al mantenimiento del culto curricular de la fijación de normatizadas creencias, lo cual nos permite, tal como el personaje de Molière “*estar feliz de saber que toda su vida estuvo hablando en prosa, sin saberlo*” (Clarke 1972:3) [traducido por Autor].

Lo que parece estar por delante y detrás de esta singular maquinaria de negación, es lo que antropológicamente se denomina como una cultura de la investigación arqueológica. Que es uno de los principales aspectos que emergen de las tomas de conciencia del citado trabajo de Sokal.

Sobre esta miscelánea escuetamente señalada, sobrevuela una visión de ausencia de crítica, una expresa negación de su existencia, reforzada porque rechazamos todas aquellas provenientes de lo externo a nuestra cofradía. El mismo Sokal reflexionando más tarde, nos advertía de esta situación (Sokal 1996b:64).

Porque ello conduce a evaluarnos determinando si acaso ¿no estaremos mitologizando a través de vacíos ritos presentados como componentes de la ciencia, los que deberían ser por esas mismas exigencias científicas, ámbitos para controlar, analizar y confrontar? ¿No estaremos cautivos dentro de los ritos de iniciación que apenas apuntan a obtener un título, calificaciones en la burocrática estructura institucional, o subir un pequeño y desgastado peldaño en la escalera que conduce a problemáticos y discutibles ejercicios de poder?

Por lo tanto en el propósito de autoevaluarnos podemos –o debemos- indagarnos ¿en cuáles momentos de esos ritos, hacemos ciencia? ¿O suponer que hacer ciencia es un requisito no indispensable de la estructura académica?

Acepto sin hesitar que los cambios que se introdujeron en estos últimos años en la arqueología son tan perturbadores que no todos los arqueólogos hemos logrado comprenderlos. Y a veces ni siquiera asimilarlos como para poder operar plenamente con ellos. Esto ocurre porque los sentidos perceptuales y físicos de los sitios están totalmente transformados. Los sitios son hoy apenas una parte de los circuitos de movilidad, de transformación de materias primas, de abastecimiento, asentamiento o de extracción. E

incluso también integran aportes simbólicos. Una calidad que sólo a los antropólogos se nos ocurre que puede ser separada de las anteriores.

Podemos entonces rechazar las discrepancias en cuanto fenómenos que no son sólo arqueológicos, sino subproducto tanto de nuestras armaduras epistémicas; como del excesivo peso de las tecnologías utilizadas o referidas; y de la ingenuidad, la inexperiencia o el egocentrismo del investigador.

Ello nos previene acerca de por qué muchas de las nacientes propuestas teóricas acaban por convertirse en meros ejercicios intelectuales. Lo cual en su esencia no las demerita, porque ellas aun así, son formas alternas e incluso controversiales de aproximación a los pasados. Pasados que hoy ningún arqueólogo duda que son producto de construcciones. Y lamentablemente en algunos casos, sea por descuido u omisión epistemológica, incluso de invenciones (Consens 2006).

Esas clamorosas ausencias de previas identificaciones de concretos, específicos e imprescindibles parámetros que deberían estar por delante de las etiquetas (o debí decir específicamente taxonomizaciones), me obligan a recordar a Pluciennik cuando afirma críticamente su rechazo a *“mantener cazadores-recolectores como una categoría conceptual, por razones históricas, (a pesar del argumento) contra la idea de definir un grupo de personas, como un grupo puramente basado en lo que ellos comen”* (Ídem 1998:69) [traducido por Autor].

Exactamente esa misma situación puede ser extendida a las propuestas de forrajeros en nuestra área. Porque los conceptos básicos de la teoría de forrajero, presuponen que los que usan esa estrategia priorizan la optimización de los recursos. Una optimización concebida a través de la teoría evolutiva que afirma que *“la selección natural y la competición son inevitables consecuencias de la reproducción transmitida en un ambiente finito”* (Pianka 1994:138) [traducido por Autor].

Esa misma teoría también presupone que la procedencia de esas especializadas selecciones, están en los fenotipos, y en las tres expresiones conductuales que ellos presentan: adquisición de recursos; reproducción y la necesidad de evitar predadores (Schoener 1971:371, fide Winterhalder 1981:20).

Sin embargo esto no es fácil de establecer arqueológicamente: o sea, nuevamente aquí el discurso no explica nada. Porque para que los forrajeros puedan mantener su condición (o sea, condescender con su etiqueta de forrajero) se debe conocer el comportamiento de la biomasa del área para manejar sus recursos diferenciales. Si definimos y establecemos entonces con pertinentes datos la energía contenida en un área, su variación dependerá de la presión ejercida en ella por los forrajeros, de las capturas por ellos realizadas, de los tiempos que permanecen en ella, e incluso, de sus particulares itinerarios. Esos parámetros, y las relaciones, y los resultados están determinados por funciones matemáticas graficadas con curvas y rectas, que delimitan áreas de probabilidad. Si los resultados de la acción de forrajeo excede las tangentes de cada área determinada, el mantenimiento en ella de sus ocupantes resulta imposible. Simplemente allí, no pueden existir forrajeros. Algunas de esas relaciones están determinadas y contenidas en el llamado Teorema de los Valores Marginales de Charnov (fide Winterhalder 1981:29).

Sin embargo ninguno de estos parámetros es citado como fundamento (y no apenas como solitaria referencia) en las publicaciones que en esta área afirman la existencia de forrajeros.

Entonces me pregunto: ¿por qué es que yo debo creer en esas afirmaciones apenas textuales? ¿Solamente por un acto de fe? Y si así acontece, ¿acaso está equivocado Sokal?

Mi postrer espécimen es el actualístico surgimiento de la complejidad, en los grupos que anteriormente conocíamos como 'simples'. Siendo éste uno de los grandes temas de las publicaciones en nuestra área. En algunas de esas publicaciones, la complejidad aparece garantizada como una realidad. Pero ella -antropológica y socialmente- no ocurre nunca como un evento independiente: ella se adopta por mecanismos sociales, y solamente es visible por los análisis de específicos parámetros.

Cada uno de esos parámetros debe ser demostrado o inferido para afirmar la existencia de complejidad. Y debemos recordar que ellos no actúan aislados, y si a través de la acumulación e interacción. Entre esos parámetros, permítanme recordarles que debemos probarlos antes de discursarlos, encontramos complejidad, cuando comprobamos cambios y desarrollo de la intensificación en los recursos; en el medio ambiente; cuando se dispone de mayores recursos, o surgen cambios apropiados en la tecnología y la subsistencia; cuando se comprueba el aumento del sedentarismo; cuando mudan los llamados 'asentamientos lineares'; con los cambios de organización social, de territorialidad, de formas y distribución del almacenamiento; cuando se establece un substancial aumento de población; al surgir cambios (y no apenas variaciones) de estilo; con una nueva organización de trabajo; con mayor especialización artesanal; con testigos de la desigualdad social y la diferenciación en el status; con un notorio cambio de flujo en el intercambio; y también de la competencia y de los conflictos (Price y Brown 1985).

Cuando entonces leemos complejidad en algún texto, ¿existen pruebas (no sólo referencias) al previo reconocimiento y cuantificación de estos parámetros? Porque si así no fuese, ¿cómo diferenciar esas propuestas de míticos discursos evangelizadores?

Nos es imposible sustentarlas hoy, suponiendo que la complejidad de los cambios culturales esté apenas representada en la “*escala micro evolutiva de artefactos y atributos*” (O’Brien y Lyman 1999:122) [traducido por Autor]. Algunos de nosotros aunque en el discurso arqueológico negamos que ello sea posible, vemos que varias publicaciones reflejan sin pudor que esa monotética y unívoca expresión de la cultura a través de artefactos no solamente es posible, sino que es la única utilizada.

Politis reconoce esas profundas diferencias cuando señala que “*hay también significativas diferencias en el uso de los datos arqueológicos por los arqueólogos sociales de América Latina, en los análisis y en las evaluaciones de sus modelos*” (Politis 2003:251) [traducido por Autor].

Por lo tanto la contemporánea arqueología, obliga a remover los naturalmente envejecidos conceptos que usábamos. Sin embargo no obliga necesariamente a crear nuevas y maravillosas etiquetas (disculpen, debí decir taxonomías de conductas pre-históricas). Como en el ejemplo de la complejidad, aún no encontré la menor referencia a los importantísimos “*mecanismos amortiguadores*”. Esos mecanismos ora favorecen, ora limitan, pero también imposibilitan el surgimiento de la complejidad (Gamble 1986:35) [traducido por Autor].

14. LA RAZON PERSONAL DE UTILIZAR LA PUBLICACION DE SOKAL

Tal como señalamos en el inicio en el subtítulo 2, para legitimar esta presentación aporté dos reflexiones. La primera fue la de establecer las condiciones y los fundamentos, y la segunda es la que constituyo como personal.

La personal es parte de mi formación... como físico. Fui alumno por dos extraordinarios años del Prof. Ing. Félix Cernuschi, uno de los dos discípulos latino-americanos de Einstein que se exiló en el Uruguay en los momentos de la dictadura argentina. Éramos pocos y jóvenes en el año 1962 trabajando en Física. Y ocurrió un evento que transformó no mi vida, pero sí mi concepto básico de la investigación. Sucedió en la vieja Facultad de Ciencias, que estaba siendo reparada una vez más. A las ocho de la mañana de un sábado de verano, una compañera y yo estábamos prontos para el primer contacto personal de investigación con Cernuschi que nos enseñaría nuestra primera lección de laboratorio. El tema era la ley del péndulo.

Inmediatamente fuimos a los estantes a juntar y revisar bibliografía cuando Cernuschi entra y nos pregunta: *-'¿Esto es sobre el péndulo?'*. Cuando asentimos respetuosamente él nos indicó: *'-No. No es así que deben conocer la ley. Hagan el favor: allá afuera tienen una escalera que los operarios hoy no usan, procuren alguna piedra grande, y un cuerda de más de dos metros de largo'*. Encontramos una indecente y vieja escalera en la planta baja; la única piedra de peso adecuado que conseguimos fue un ladrillo quebrado rodeado de cemento, y en aquella mañana de sábado en la Facultad vacía como un sepulcro, la cuerda fue obtenida de la basura. Volvimos al segundo piso desolados con los resultados de nuestra cacería.

Cernuschi esperaba a estos dos únicos aspirantes a físicos, y nos dice: *'- Está todo óptimo: es eso exactamente lo que Uds. deben tener. Suban ahora hasta la azotea con el material colectado, lleven este cronómetro, estos papeles en blanco y una regla. Solo bajen cuando tengan establecido si existe alguna forma de regularidad en las oscilaciones de la piedra-péndulo, y puedan reconocer y aislar todos aquellos parámetros que hacen variar los resultados. Hasta luego'*.

Y así fue: casi nueve horas después bajamos de la azotea. Abrasados por el sol, agotados de cansancio y agonizando de hambre. Días después seguimos trabajando con algo más: entre hojas de papel llenas de números y anotaciones, descubrimos una precisa reiteración llamada la ley del péndulo. Al mínimo nuestra ley, era bien igual a aquella de los textos, pero obtenida con menos artefactos que el de Galileo, y mucha menos sofisticación que el de Jean B. Foucault en el Panteón de los Héroes en París.

Ahí comprendí lo que implica la esencia de la experimentación; ahí aprendí a hacer investigación desde abajo, apenas con las manos y los ojos abiertos; ahí también comprendí el concepto de las variaciones e irregularidades que soportan los presumidos principios generales; la imprescindible e inexcusable reiteración de datos tanto hechos como analizados; y asumí la crítica de los procedimientos de la transformación de los datos y la problemática de las normativas.

También asumí la obligatoria necesidad de leer y considerar a Robbins quién en sus valiosos y múltiples planteos nos indica que las evaluaciones que se establecen en los textos y presentaciones por parte de quienes son compañeros con pertinente y adecuada formación

y experiencia “*son una de las fuentes más confiables de los datos sobre el desempeño*”. No solo porque están cerca de las acciones, porque su trato -que no necesariamente es diario- les brinda un panorama del desempeño que el expositor tiene tanto en su trabajo o institución, como en las limitaciones económicas en las que actúa. Él establece que son precisamente ellos los que establecen “*varios juicios independientes*” los cuales en su promedio “*es más confiable que una sola evaluación*”, la cual es usualmente expuesta por aquel que es o actúa como ‘el jefe’, quién “*ofrece una única evaluación*” (Robbins, 2004:501) [traducido por Autor].

Y me permito adelantar que ello no implica unidad axiomática, conformidad teórica o doctrinaria o imposibilidad de conflictos (lo que detallaré en el próximo subtítulo).

Un complemento a esta segunda etapa personal para justificar lo que estoy escribiendo es reconocer que en estos primeros 29 años de actividad profesional como universitario (más trece en el Centro de Estudios Arqueológicos) mis planteos no sólo se limitaron a comentar sobre publicaciones y sus repercusiones, sobre los problemas de la construcción de la considerada ciencia, en artículos presentados a su análisis y discusión en seminarios que pudieron ser incluidos en parte de los cursos curriculares y las ineludibles referencias que de ellos se hacen en todo curso de epistemología, y en algunos de historia y filosofía. Y junto a ello debo reconocer la existencia de escándalos personificados en los textos de algunos pocos colegiados y de propuestas con irregularidades que han afectado los trabajos y las posturas de otros, realizadas no a través de investigación, sino por determinaciones institucionales inconcebibles e imposibles de alterar.

Se debe reconocer que la vida diaria impone normas legales, administrativas, religiosas, de moral, costumbre de pautas de relacionamiento, etc. Que pueden presentar no solo divergencias, sino también conflictos evaluatorios: pero no necesariamente de limitarlos a acometidas sobre las personas.

Las partes del conflicto asumen conocer determinadas normas que respaldan su conducta o sus planteos. Principios que ellos establecen que se encuentran -o encontrarían- en un sentido común; en una práctica diaria no contestada; en una ausencia de jurisprudencia específica; en el acatamiento a órdenes y directivas tan amplias, indeterminadas, inexistentes, cuanto generales.

15. CONFLICTOS

Nosotros concebimos y propiciamos que un investigador no es sólo persona de derecho, ni tampoco pasivo poseedor de un título otorgado por la Universidad de la República, sino además y principalmente, debe ser un miembro activo e idóneo de una comunidad de especialistas.

Una comunidad que debe no sólo absorber sino fundamentalmente trabajar y operar en valiosas normas éticas para objetar a quienes se relegan de ellas. Y sobre las mismas hay básicos principios comunitarios;

1. Un primer principio que debiera pautar la relación laboral, es que el profesional es un asesor. Es un técnico que ofrece sus servicios especializados para resolver los problemas

de su cliente. Esto a su vez subsume que sus metas individuales de desarrollo profesional, no son propias de dicha relación. No están implícitas, ni son comprendidas por ella.

2. Un segundo principio específico, es la aceptación de otro de carácter general: un profesional debe asumir y respetar como inherentes a su condición, la existencia de una libre competencia, de la responsabilidad no compartida y la honestidad científica de su producción.

3. Un tercer principio también general, es que el conocimiento es libre y debe ser accesible a todos.

Enfatizamos que en cualquiera de estos principios, la postura profesional requerida, no es sólo la del mero reconocimiento o aceptación de los mismos, sino, la de la defensa activa que el profesional debe realizar de ellos, sin permitir que ningún arbitrio, norma o directiva laboral confronte con los mismos. Y, en caso de que ello ocurra, deberá entender que él tiene un conflicto de relaciones laborales.

El otro aspecto que señalamos, es la profesionalidad. El arqueólogo no es profesional porque se ha recibido en una institución académica y obtuvo un título. Tampoco es profesional porque cobre un sueldo, o reciba dinero como responsable de un proyecto. En el primer caso es un universitario, y en el segundo, un empleado.

Es más: no se puede ser profesional en cuanto que individuo. Porque la profesionalidad es siempre un reconocimiento otorgado por la sociedad a un grupo -una corporación de practicantes-. Son relaciones entre niveles colectivos.

Lo que debe priorizarse como profesional, es la independencia técnica y la salvaguarda del interés de la profesión como disciplina. Es a ella a quien él se debe, porque su relación laboral se genera a partir de ser miembro de una comunidad de investigadores sociales.

Estos planteos mas las pertinentes relaciones entre colegas, sea en los contactos personales como fundamentalmente en los análisis de las propuestas técnicas, llevan a conflictos. Entre las variadas y múltiples opiniones y estudios a los mismos, es frecuente que se establezcan relaciones con Lewis A. Coser.

El establece que los conflictos a menudo revitalizan las normas existentes y crea un nuevo marco de reglas y normas para los contendientes. Esto es debido a que los conflictos a menudo conducen a la modificación y creación de leyes, así como el crecimiento de nuevas estructuras institucionales para hacer cumplir estas leyes. La ausencia de conflicto dentro de una relación no puede servir como un índice de su estabilidad subyacente. De hecho, algunos miembros son más propensos a expresar sus sentimientos hostiles si se sienten seguros y estables en la relación (Coser, 1965:65-85).

Al analizar los conflictos en términos de procesos interactivos, representa el conflicto como "*una forma de socialización*" (Coser 1965:31). Ningún grupo puede ser del todo armonioso, porque entonces carecería de proceso y estructura. La formación de grupos es un resultado tanto de la asociación y la disociación, de modo que tanto el conflicto y la cooperación tienen una función social. Por lo tanto ciertos grados de conflicto son un elemento esencial en la formación de grupos.

Mientras que el conflicto cambia los términos de una relación, la hostilidad no tiene por qué tener esos efectos: porque ella en lugar de utilizar las fuentes primarias de la

oposición, las desvía e impone como 'objetos de sustitución' en lugar de las fuentes primarias de la oposición.

Impulsos hostiles no son suficientes para dar cuenta de los conflictos sociales, y no todos los conflictos se acompañan de agresividad. Conflicto, simplemente presupone una relación e interacción social. Sin embargo, los conflictos reales suelen ir acompañadas de sentimientos distorsionados. Hay una distinción entre los motivos reales para entrar en conflicto, por un lado, y las energías emocionales que intervienen en el conflicto por el otro. A menudo hay falta de darse cuenta de que los conflictos pueden estar motivados por estos dos factores distintos, aunque entremezclados: los problemas reales de conflicto y de la inversión afectiva partes en el conflicto. La principal función del mediador consiste en eliminar los elementos no realistas de la agresividad por lo que los opositores pueden hacer frente de manera más realista con sus reivindicaciones.

La inadecuada distribución de privilegios y derechos puede llevar a sentimiento de hostilidad, pero ellos no necesariamente producen conflictos. La distinción entre conflictos y los sentimientos de hostilidad es esencial en los análisis de las pesquisas. Los conflictos en total diferencia a los sentimientos y actitudes hostiles siempre lograr establecer interacciones entre dos o más personas. Las actitudes hostiles predisponen para insertarse en conflictos conductuales: mientras el conflicto –por el contrario- es siempre una transición. (Coser 1965:37).

Por lo tanto en estas propuestas sugerimos que la totalidad de los colegas asuman la natural disposición de conflicto como parte de divergencias teóricas sin que se entienda que ello implica o impone aversiones afectivas –hostiles- que felizmente muy, muy pocos la llevan a cabo. En el espíritu de esta propuesta aspiro a que los estudiantes no solo acepten, sino que siembren y desarrollen estas realidades. Y que tras una renovada valoración de estas diferencias, se pueda establecer perdurable y persistentemente una asociación profesional estable que entre sus múltiples propósitos –con los que hemos colaborado en su primer inicio- prioricen la sindicalización y también las instituciones.

16. QUERER Y DEBER

Algunos de nosotros han tenido dificultad en entender que los valores personales no son necesariamente los mismos de los principios éticos. Hay una profunda diferencia entre el '*Yo quiero*' (que es la defensa del propio interés individual) y el '*Yo debo*' (que sí es un imperativo ético).

Las acciones éticas no son espontáneas: son consensuadas. Aunque en lo personal decimos reconocer lo bueno de lo malo. Nadie me obliga a que adopte en particular, una de las citadas acciones 'NO' inadecuadas. Y sin embargo debo tomar una: ese es el dilema; mi dilema.

La ética no es un sentimiento. No puede serlo para tener realidad en el mundo de la actuación profesional. Lo que hay detrás de mi elección en el dilema, es mi toma de responsabilidad: lo cual exhibe mi presencia profesional.

Decimos esto porque nadie, en cuanto individuo, puede convalidar la postura de ser el agente normativo del relacionamiento profesional y ético. Pero la comunidad de profesionales, sí puede –y debe- hacerlo.

Si cada profesional pretendiera asumir que él es quien sabe '*lo que debe hacerse*', que él es el 'ético', lo que obtenemos es una descomposición de los valores éticos y profesionales. Se generarían así normativas íntimas para académicos, para docentes y para investigadores, para públicos o para privados, para contratos a término o estables. Lo cual ha sido para mí reconocer dichas existencias en reducidos y muy diversos contextos en los cuales se ejecutaron la antropología y la arqueología en el Uruguay.

Divulgo que seis meses antes de haber sido aceptado como el primer arqueólogo graduado en nuestra Facultad, hicimos en 1982 una reunión con mis colegas estudiantes para formar una base de reglas éticas que nos permitiera evitar, o al menos reducir e incluso evitar, los inconvenientes que se produjeron en estas décadas. Ello lo repetí tres veces más en varios años y en ninguna instancia (incluyendo la entonces reciente formación de la Asociación Uruguaya de Arqueología) hubo acuerdo para concretarla. Insistí también en ese esencial e inevitable proyecto a través de publicaciones (Consens 1992a, 1992b, 2000c, 2000d, 2004 a y 2004 b) y presentaciones (Consens 1991b, 1991c, 1992c, 2001, 2003 y 2007). Y amplíé mis propósitos colaborando en la concreción de dos códigos de ética de arqueología en asociaciones profesionales en América. Esto no pretende que se me valore por dichos propuestas, si no que otros colegas acepten e integren la imprescindibilidad de la existencia de ética en la investigación, tal como casi todas las otras Facultades establecieron y poseen en nuestro país.

Ello nos implicara conocer que hay múltiples producciones que claman por la existencia de 'mandarinización' en la investigación, el que es un término aplicado para señalar los pactos de las universidades con el Estado. Mientras se reconoce a la Universidad como productora de ciencia, esta no cuestiona el rol del Estado, lo cual ha hecho a varios arqueólogos enfrentarse a condiciones inaceptables como profesionales. Las revisiones y protocolos universitarios aseguran la producción de ortodoxia. Y ello produce según Adorno una "*jerigonza de autenticidad*" (Lie 2004:124) [traducido por Autor].

Como señalamos en el principio, asumimos con profunda convicción que en la vida de las personas, hay principios irrenunciables, y hay también criterios discutibles. Pretender ignorar la existencia de los primeros y negar el diálogo frente a los segundos jamás será una forma de beneficiar a la profesionalización.

Entendemos y proponemos que se acepte que debe quedar consciente que ignorar la existencia de principios éticos, no puede ser nunca una elección para quienes se consideran arqueólogos profesionales (Wildesen 1984). Y además, "*profesionalidad y ética son posibles de aprender y practicar*" (Consens 1992a:84).

Frente a los escasos países que no poseen estas básicas normas, actualmente muchos arqueólogos sin ninguna otra obligación que nuestras convicciones personales, hemos adoptado desde hace muchos años el que se ha establecido en denominar como 'Principio Adicional de Ética', por el cual

Los antropólogos deben reconocer las múltiples, y muchas veces conflictivas responsabilidades éticas al realizar su trabajo en el mundo moderno. Ellos deben esforzarse

para educarse a sí mismos, a sus estudiantes y al público de las implicaciones éticas de su trabajo (Levy 1995:92) [traducido por Autor].

O sea que el propósito nuestro es procurar aplicar básicos principios éticos en forma personal. Porque no es posible creer y mucho menos aceptar que intercambios personales de creencias particulares tengan validez en una profesión que crea y desarrolla la cultura y el patrimonio. Un código de ética puede operarse como “...una guerra de palabras, con embajadores que los citan como ‘un franco intercambio de perspectivas’, es mejor que la guerra fría de silenciosa mutua desconfianza” (Jardine y Frasca-Spada 1997:34) [traducido por Autor].

Toda estas exposiciones procuran que se puedan concretar y efectivizar como ineludibles tanto el Código de Ética, como el Tribunal que los analice y aplique en Uruguay. Los cuales reiteramos que no se establecen para constituir relaciones entre profesionales, sino para preservar y asegurar los procesos que incluyen la responsabilidad de ellos hacia el público, colegas, empleados, clientes y estudiantes. También establecen el modo de operar con las instituciones públicas y privadas; las relaciones con la sociedad en su diversidad y con los indígenas; con propietarios de colecciones y directores de museos; con los pertinentes análisis de los procesos y procedimientos de las investigaciones en las cuales no importan sólo las tecnologías, sino el pertinente uso y manejo de los objetos arqueológicos; los procesos de tráfico ilícito, hurtos, ventas, alteraciones, guerras, daños, etc.; incentivar las investigaciones, educación, patrimonio y cultura (Vitelli 1996).

17. UN PERENNE FINAL

Habiendo expresado tal como lo determine en el subtítulo 1 que plantearía en esta exposición dos razones -una profesional y otra personal- retomo que en la esencia de mis comentarios procuré utilizar la publicación de Sokal y sus valiosísimos intercambios y revisiones que fácilmente se pueden leer en la web. ¿Ha sido ella lo fundamental para interesar a los lectores?

Tal como lo establecí entiendo que ello compromete, pero no es el propósito de esta publicación. Pero lo que sí interesa -y mucho- son los procesos de su construcción, presentación y fundamentalmente él cómo la comunidad científica la evaluó, y luego reaccionó con comentarios profundamente escarnecidos, y otros eufóricos.

Como investigadores, nosotros somos -o debemos ser- parte de esa comunidad científica. Y cuando resaltamos propuestas, sería adecuado repensar la propia afirmación del mismo Sokal:

Existe un mundo real; sus propiedades no son meramente construcciones sociales; los hechos y las evidencias si importan. ¿Qué persona cuerda podría de otra forma comprenderlo? Y ahora, mucho de la teorización contemporánea académica consiste precisamente en tentativas que procuran desvanecer esas obvias verdades, con la total absurdidad de conciliarlas entre lenguajes oscuros y pretenciosos (Sokal 1996b:4) [traducido por Autor].

Hay en estos sus planteos un concepto de veracidad porque él cree que la ciencia es el mayor proceso para la búsqueda de la verdad en el mundo natural que nosotros investigamos. Lo cual permite plantear y revelar la ignorancia y la ilusión que se propone acerca de nuestro mundo natural dentro de los procedimientos de las ciencias naturales. O sea que el uso (o la mera nominación) de distintas epistemologías no es igualmente válida para lograr dicho propósito.

Ante todo, aclaremos lo de la ambivalencia de la epistemología (orientar o extraviar, distinguir o confundir, y fomentar o impedir). Una epistemología ilustrada, que se inspire en la ciencia y en la técnica, puede ayudarlas. En cambio, una filosofía oscurantista, que menosprecie la claridad y la búsqueda de la verdad o de la eficacia, será un obstáculo al avance científico y técnico. Un ejemplo clásico es el escepticismo radical, en particular el relativismo, que sostiene que "todo vale" (Bunge 2000:15).

Llegando al previsto final de la publicación, una de las posibles reflexiones en este singular panorama de la elaboración de discursos y de la construcción y venta de productos etiquetados, que no necesariamente muestran ni explican los parámetros que exige la comunicación científica, exploramos que los propósitos de esos discursos arqueológicos no están -como algunos de nosotros afirmamos en el inicio de esta propuesta- en la obtención de conocimiento, y sí en sólo mantener determinados procedimientos académicos. Como también se logra mantener a través de cuidados silencios, las estructuras que no permiten una adecuada respuesta a la producción de conocimiento, y sí al mantenimiento de feudos y chacritas.

Lo que parece estar por delante y detrás de esta singular maquinaria de negación, es lo que antropológicamente se denomina la '*cultura de la investigación arqueológica*'. Que curiosamente es uno de los principales aspectos que emergen de las tomas de consciencia del trabajo de Sokal.

Por lo tanto, podemos afirmar que "*el concepto de cultura ha sido rehecho por la necesidad de la antropología de preguntarse acerca de sus propias prácticas de conocimiento*" (Franklin 1995:165) [traducido por Autor].

Más allá de eso existe en algunos de nosotros ausencia de autocrítica. Esto es importante: porque los arqueólogos por la misma formación (o deformación profesional) tienden a ser hipercríticos.

Esa característica se manifiesta cuando se examinan las propuestas desde el punto de vista formal, teórico e incluso ético. Pocas veces aparecen las necesarias críticas dirigidas al manejo operativo de los datos; y me fue casi imposible encontrar críticas a las propuestas teóricas, sin que ellas hayan sido traducidas, a simples ataques personales (Consens y Seda 1990). Y sobre todo, flota sobre esta visión de ausencia de crítica, la expresa negación de su existencia, reforzada porque rechazamos todas aquellas llegadas desde el exterior hacia nuestra cofradía. Lo mismo nos advertía Sokal acerca de esta situación: "*Los propósitos de mi crítica están dirigidas a una sub-cultura académica que se auto perpetua a través de la ignorancia (o desdén) a toda crítica razonada desde el exterior*". Y luego reflexionaba (tal como citado anteriormente): "*En esta situación, es necesario mostrar los estándares intelectuales utilizados por esa sub-cultura. Pero ¿cómo alguien puede mostrar que el Emperador no tiene ropas?*" (Sokal 1996b:5) [traducido por Autor].

En la base de estas reflexiones que presenté, está mi consciente determinación de que la tarea de los arqueólogos no tiene –no debería tener- el propósito único de taxonomizar el pasado, pero sí de proponer conocimiento sobre él. Lo que nos remite entonces al problema de la ciencia que hacemos y de la ciencia que deberíamos hacer. De la ciencia que podemos hacer, si acaso lo podemos aceptar –como algunos pretenden evaluar- que las limitaciones económicas de los investigadores también aíslan las capacidades intelectuales y académicas.

Si ya lo sé: es el contexto. También reconozco la fundamental importancia del contexto. La ciencia esta también íntimamente relacionada con el contexto de producción cultural y ambiental del investigador. Ellos están incuestionablemente presentes, pero ello no libera a los arqueólogos “*de explorar los procesos cortos y extensos en la cultura de cambio y variación en los procesos culturales sin una precisa área geográfica*” (Kuijt 2003:49) [traducido por Autor].

La ciencia arqueológica de la cual reclamamos ser los únicos y poderosos chamanes que la explican, no debería ser conocida apenas sobre la base de discursos. Este aspecto es particularmente importante en la América del Sur donde en determinados contextos la mayoría de los arqueólogos se impusieron normativas éticas para operar con honestidad y pleno desarrollo científico.

La ciencia sin ética es en explícitos contextos un medio de manipular, de justificar vacíos ejercicios de poder, operados por presuntuosos y marionetas de turno con propósitos electorales, que se benefician de una inagotable y perturbada obsesión en imponernos normas y pautas (para excluir y para manipular y no para desarrollar), que tutelan nuestros procedimientos de investigación y evalúan incluso las ideas en ellos contenidas mediante normas administrativas (Consens 2003).

Siendo esta última más que una reflexión, una observación que está basada no solamente en nuestra experiencia –a la cual adjunto a Politis (1995) cuando analiza la arqueología del continente-, sino también en la apreciación que hace Sagan sobre el pensamiento democrático y el pensamiento autoritario: “*la ciencia prospera con el libre intercambio de ideas, y ciertamente lo requiere; sus valores son antitéticos al secreto*” (Sagan 1977:47) [traducido por Autor].

Ello impone a que algunos nos preguntemos, ¿dónde están las alertas en nuestras estructuras de conocimiento que paralicen los discursos vacíos propuestos como conocimiento?

Entiendo que ello no necesariamente lo brindan los simposios y los congresos, algunos de los cuales tal como hoy están concebidos y estructurados en reducidísimos períodos temporales, no ofrecen suficientes espacios para contestar y exponer los legítimos y esenciales haberes que se presentan a oponernos a la textualización de la materialidad con la que se trabaja.

¿Acaso no estaremos así mitologizando a través de vacíos ritos presentados como integrantes de la ciencia, los que son por esas mismas exigencias científicas, ámbitos para controlar, analizar y confrontar?

¿No estaremos presos de ritos de iniciación que apenas apuntan a obtener un título, calificaciones en la burocrática estructura, grado en la escalera que conduce a problemáticos y discutibles ejercicios de poder? ¿En qué momento de esos ritos, hacemos ciencia? ¿O hacer ciencia es acaso un requisito no indispensable de la estructura académica?

Para hacerlo más fácil, retomo mi experiencia personal con Cernuschi. Yo estoy acuñado por el concepto de que la ciencia es una estrategia de investigación para la producción de conocimiento y para su comprensión. De ahí se entiende que el método científico es un medio de aprender a conocer cómo opera el mundo real. Ese método científico basado sobre la observación y replicación, trabaja con fenómenos observables (aquellos que la terminología teleológica, denomina como revelación general). Entonces el conocimiento está íntima e indisolublemente ligado a la epistemología, lo cual nos permite saber qué es lo que podemos conocer, y cómo podemos conocer. Y obviamente aceptar e incorporar las divergencias planteadas.

Por lo cual acepto sin hesitar que los cambios que se introducirán en estos últimos años en arqueología son tan perturbadores, que no todos los arqueólogos estaremos en condiciones de asumirlos e incluso comprenderlos. Nos será más difícil asimilarlos y por lo tanto poder operar con ellos. Los sitios arqueológicos son apenas una parte de los circuitos de movilidad, de transformación de materias primas, de abastecimiento, asentamiento, o de extracción. Pero también integran los aportes simbólicos.

Ello implica que casi todas las nacientes propuestas teóricas acaban por convertirse en ejercicios intelectuales. Lo que -en su esencia- no las demerita, porque aun así son formas alternas y hasta controversiales de aproximación a los pasados. Pasados que hoy ningún arqueólogo duda que son producto de construcciones. Y lamentablemente en algunos casos, ello ocurre por descuido u omisión epistemológica, inclusive de invenciones.

Pero, si no modificamos nuestras posturas, los arqueólogos terminaremos adoptando el lema del personaje del Barón Munchausen (que dicen fue el mayor mentiroso del mundo), quien afirmaba orgulloso “-*Nunca me dejé limitar por los hechos*” (Cruikshank 1936:109) [traducido por Autor].

Referencias citadas

Barthes, Roland

1967 *Elements of Semiology*. Johnatan Cape. Londres.

Bartolomé, Leopoldo

1997 Lo que Sokal Puso en Evidencia, *Noticias de Antropología y Arqueología*, Año 2, Número 15.

Binford, Lewis R.

1991 *En busca del pasado*. Ed. Crítica. Barcelona.

Bohr, Niels

1957 *Atomic Physics and Human Knowledge*. John Wiley & Sons. Nueva York.

Bunge, Mario

2000 Usos prácticos de la epistemología. *La Nación*, lunes 15 de agosto de 2000, pág. 15. Buenos Aires.

Burt, Gordon

2010 Theory, evidence and reality: The mean and median ideals of competing. En “*Conflict, Complexity and Mathematical Social Science*”, G. Burt Ed., capítulo 5, pp 67-86. Emerald Group Publishing Limited, Bradford.

Carr, Christopher

1985 Perspective and Basic Definitions. En *For Concordance in Archaeological Analysis. Bridging Data Structure, Quantitative Technique, and Theory*, pp. 1-15. Westport Publishers, Inc. Arkansas.

Chomsky, Noam

1968 *Language and Mind*. Harcourt, Brace & World. Nueva York.

Clarke, John I.

1972 *Population Geography*. Pergamon Press. Oxford.

Consens, Mario

1991a Change and variation, are they indicators of social difference and cultural modifications? En *Southern African Rock Art Research Association First International Conference “Rock Art–The Way Ahead”*, pp. 83-88. Sud África.

1991b Arte, marcas y meteorización: los inusitados rumbos de una investigación. Presentado en el *III Encuentro de Historia y Arqueología*. “Informe”. Montevideo.

1991c Museos y arqueólogos. Aspectos formales y éticos de una relación inexistente. Presentado en el *Primer Congreso Nacional de Museos*. “Informe”. San José.

1992a Responsabilidad laboral: obligación profesional ¿para qué y hacia quién?. *Revista Antropología*. Año II (2), pp. 80-84.

1992b Investigación arqueológica y ética en el Uruguay ¿pueden llegar a ser una dicotomía? En *Primeras Jornadas de Ciencias Antropológicas en el Uruguay*, pp. 77-84. Montevideo.

1992c El filo de la navaja: Ética y Patrimonio. ¿Quién es qué? Presentado en *Second AURA Congress*. “Informe” Cairns. Australia.

1995 Procesualismo y posprocesualismo; ¿cuán aplicables son en el Uruguay de hoy? En *Arqueología en el Uruguay: 120 años después*, M. Consens, J. M. López y M. C. Curbelo Eds., pp. 381. Montevideo.

1996 A incomunicabilidade em arte rupestre: segunda parte. En *Anais VIII Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira, Coleção Arqueologia Vol. I*, pp. 443-468. EDIPUCRS. Porto Alegre.

2000a *Debitagem e Classificação: ou como construir sínteses culturais sem todo o registro arqueológico*. [CD-ROM]. Anais do IX Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Rio de Janeiro. Brasil.

2000b *Os milagres das taxonomias, ou a arte de fazer arqueologia*. [CD-ROM]. Anais do IX Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Rio de Janeiro. Brasil.

2000c *Sobre ética, responsabilidade e profissionalismo: O caso das chacrinhas*. [CD-ROM]. Anais do IX Congresso da Sociedade de Arqueologia Brasileira. Rio de Janeiro.

2000d Rapport du Coordinateur National pour l'Uruguay du Car-ICOMOS. En *International Newsletter On Rock Art*, N°. 25, pp. 27-29. CAR_ICOMOS; UISPPP Commission 9: Art Préhistorique. Varilhes.

2001 Taxonomias líticas en Uruguay: un ensayo de clasificación actualizada. Presentada en el *IX Congreso Uruguayo de Arqueología*. “Informe”. Colonia

2003 Hermenêutica Transformativa da Gravidade Quântica. Comentários e reflexões sobre a construção do conhecimento na pesquisa arqueológica. Presentado en el *Simposio Internacional Arqueologia, Patrimonio e Atualidade*. “Informe”. Museo Antropológico do Rio Grande do Sul. Porto Alegre.

2004a Este no es un artículo sobre teoría arqueológica. En *Teoría arqueológica en América del Sur*. Teórica No. 3. G. Politis y R. Peretti Eds. pp. 141-163. INCUAPA-UNICEN. Olavarría.

2004b Arte rupestre e investigación en Uruguay: dificultades para una práctica ética de la profesión. La arqueología oficialista del Uruguay. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. III, pp: 73-90. Córdoba.

2006 *Tafonomía: por qué no la utilizo*. Rock Art Sahara. <http://rockartsahara.webcindario.com/modules.php?name=News&file=categories&op=newindex&catid=4>. Consultado: 14 Junio 2007.

2007 Ética para qué; ética para quienes. Presentado en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. *II Jornadas de Estudiantes de Antropología del Uruguay*. "Informe". Montevideo.

2008 Teoría arqueológica en América del Sur: textos, pretextos y contextos. *Maguaré* 22:425-442.

Consens, Mario y Paulo R. Seda

1990 Fases, estilos e tradições na arte rupestre do Brasil: a incomunicabilidade científica. Anais da V Reuniao Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira. *Revista do CEPA* Vol. 17 (20):33-58.

Coser, Lewis A.

1965 *The Function of Social Conflicts: An Examination of the Concept of Social Conflict and Its Use in Empirical Sociological Research*. The Free Press. Nueva York.

Crook, Rodney

1978 Observers as Participants: a note in anthropology and social theory. *The Year Book of Symbolic Anthropology I*, E. Schwimmer Ed., pp. 31-36., McGill-Queen's University Press. Montreal.

Cruikshank, George

1868 *The travels and surprising adventures of the Baron Munchausen*. W. Tegg. Londres.

De Masi, Marco A. Nadal

2001 Pescadores Coletores da Costa Sul do Brasil. *Pesquisas, Antropologia* 57. Porto Alegre.

Dincauze, D. F.

1996 Sobre a ambigüidade das interpretações arqueológicas. Desdobramento das intervenções durante a Conferencia. *FUMDHAMentos*, Fundação Museu do Homem Americano No. 1, pp. 409-421. São Raimundo Nonato.

Embre, Lester

1989 The Structure of Theoretical American Archaeology: A Preliminary Report. En *Critical Traditions in Contemporary Archaeology: Essays in the Philosophy, History, and Socio Politicals of Archaeology*, A. Willie y V. Pinsky Eds., pp. 28-37. University of Cambridge Press, Cambridge.

Feyerabend, Paul

1978 *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*. Verso. Nueva York.

Fodor, Jerry A.

1975 *The Language of Thought*. Crowell. Nueva York.

1983 *The modularity of mind*. Massachusetts Institute of Technology. Massachusetts.

Franklin, Sarah

1995 Science as Culture, Cultures of Science. *Annual Review of Anthropology*, 24:163-184.

Funari, Pedro P.

1999 A Importancia da Teoria Arqueologica Internacional para a Arqueologia Sul-Americana: O Caso Brasileiro. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3, pp. 213-220.

Gadamer, Hans G.

1975 *Truth and method*. Seabury. Nueva York.

Gamble, Clive

1986 *The Palaeolithic Settlement of Europe*. Cambridge University Press. Cambridge.

Habermas, Jurgen

1981 The philosophical discourse of modernity: twelve lectures. Suhrkamp. Frankfurt am Main.

Henneberg, Maciej y Janus Ostojka-Zagórski

1984 Use of a General Ecological Model for the Reconstruction of Prehistoric Economy: The Hallstatt Period Culture of Northwestern Poland. *Journal of Anthropological Archaeology*, Vol. 3:pp. 41-78.

Jardine, Nick y Mariana Frasca-Spada

1997 Splendours and Misereries of the Science Wars. *Studies in History and Philosophy of Science* Vol. 28(2):219-235.

Khun, Thomas S.

1971 *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, Mexico.

2005 *Segundos pensamientos sobre paradigmas*. Fondo de Cultura Económica de España. Madrid.

Kuijt, Ian

2003 Discussion. *Current Anthropology*, Vol. 44 (1):49-50.

Levy, Janet E.

1995 Ethics Code of the American Anthropological Association and its relevance for SAA. En *American Archaeology: Challenges for the 1990s*, M. Lynott, y A. Wylie Eds., pp 86-93. Society of American Archaeology. Kansas.

Levi-Strauss, Claude

1962 *El Pensamiento Salvaje*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.

Lie, John

2004 *Modern Peoplehood*. Harvard University Press. Cambridge.

Lytard, Jean-Francois

1984 *The postmodern condition: a report on knowledge*. University of Minnesota Press. Minneapolis.

Miller, Danny

1982 Artefacts as products of human categorization. En *Symbolic and Structural Archaeology*, I. Hodder Ed., pp. 17-25. University Press. Cambridge.

Moratto, Michael y Roger Kelly

1978 Optimizing Strategies for Evaluating Archaeological Significance. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, M. B. Schiffer Ed., ed. Vol. 1, pp. 1-30. Academic Press. Nueva York.

Moretti, Franco

1996 *Mystery Science Theater*. Lingua Franca, Julio/Agosto,
<http://www.physics.nyu.edu/sokal/mstsokal.html>. Consultado: 14 de enero de 2012.

O'Brien, Michael J. y E. Lee Lyman

1999 *Seriation, Stratigraphy and Index Fossils. The Backbone of Archaeologic Dating*. Plenum. Nueva York.

Piattelli-Palmarini, M.

1983 *Teorias del Lenguaje. Teorias del Aprendizaje*. Centre Royaumont pour une Science de L'Homme. 456 pags. Editorial Crítica. Barcelona.

Pianka, Erik R.

1994 *Evolutionary ecology*. Harper Collins. Nueva York.

Pluciennik, Mark

1998 Deconstructing the Mesolithic-Neolithic Transition. En *Understanding the Neolithic of Northwestern Europe*, Cruithne Press M. Edmonds y C. Richards Eds., pp. 61-83. Glasgow.

Politis, Gustavo

1995 The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America. En *Theory in Archaeology. A World Perspective*, P. Uckoed Ed., pp. 197-228. Routledge, Londres.

2003 Archaeology in Latin America. *American Antiquity*, Vol. 68(2): 245-272.

Popper, Karl R.

2011 *Realismo y objetivo de la ciencia: post scriptum a la logica de la investigacion cientifica*, vol. 1 (3ª ed.) Tecnos, Madrid.

Price, Theron D. y James A. Brown

1981 Aspects of Hunter-Gatherer Complexity. En *Prehistoric Hunter-Gatherers. The Emergence of Cultural Complexity*, T. Douglas y J. A. Brown Eds., pp. 3-20. Academic press. New York.

Prigogine, Ilya

2008 *Las leyes del caos*. Crítica. Madrid.

Read, D. W. y S. A. LeBlanc

2003 Population Growth, Carrying Capacity, and Conflict. *Current Anthropology*, Vol.41 (1):59-85.

Robbins, S. P.

2004 *Comportamiento Organizacional*. 10ª. edición. Pearson Educación. Méjico.

Robbins, B. y A. Ross

1996 Response by Social Text, editors Bruce Robbins and Andrew Ross. *Lingua Franca*, July/August 1996.

http://www.physics.nyu.edu/faculty/sokal/SocialText_reply_LF.pdf. Consultado: agosto 2002.

Sagan, Carlos

1997 *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*. Planeta. Mexico.

Santander, Jesus Rodolfo

2001 Bergson en el tribunal de Galileo. *Elementos. Ciencia y Cultura*, No. 43(8): 3-10.

Sherrat, Andrew

1993 What would a Bronze Age World System look like? Relations between temperate Europe and the Mediterranean in later prehistory. *Journal of European Archaeology*, Vol.1, pp. 1-58.

Sokal, Alan

1996a Transgressing the Boundaries: Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity. *Social Text*, Vol. 14 (46):217-252.

1996b A Physicist Experiments With Cultural Studies. *Lingua Franca*, May/June 1996, pp. 62-64.

1996c Transgressing the Boundaries: An Afterward. *Dissent* Vol. 43(4):93-99.

Sokal, Alan y Jean Bricmont

1999 *Imposturas intelectuales*. Paidós. Mexico.

Steele, Andrew

1996 Postmodern gravity deconstructed, slyly', *New York Times*, 18 May 1996, p. 22.

Vitelli, Karen D.

1996 *Archaeological Ethics*. K. Vitelli Ed.. Altamira Press. Walnut Creek.

Winterhalder, Bruce

1981 Optimal Foraging Strategies and Hunter-Gatherer Research in Anthropology: Theory and Models. En *Hunter-Gatherer Foraging Strategies*, B. Winterhalder y E. Alden Smith Eds., pp. 13-35. The University of Chicago Press. Chicago.

Whittaker, John C., Douglas Caulkins y Kathryn Kamp

1998 Evaluating Consistency in Typology and Classification. *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 5 (2):129-164.

Wildesen, Leslie E.

1984 The Search for an Ethic in Archaeology: An Historical Perspective. En *Ethics and Values in Archaeology*, E. Green Ed., pp. 3-12. The Free Press, Nueva York.

Whitley, D. S.

1998 Introduction. En *Post-Processual and Cognitive Approaches. Reader in Archaeological Theory. Post-Processual and Cognitive Approaches*, pp. 99-100. Routledge. Londres.